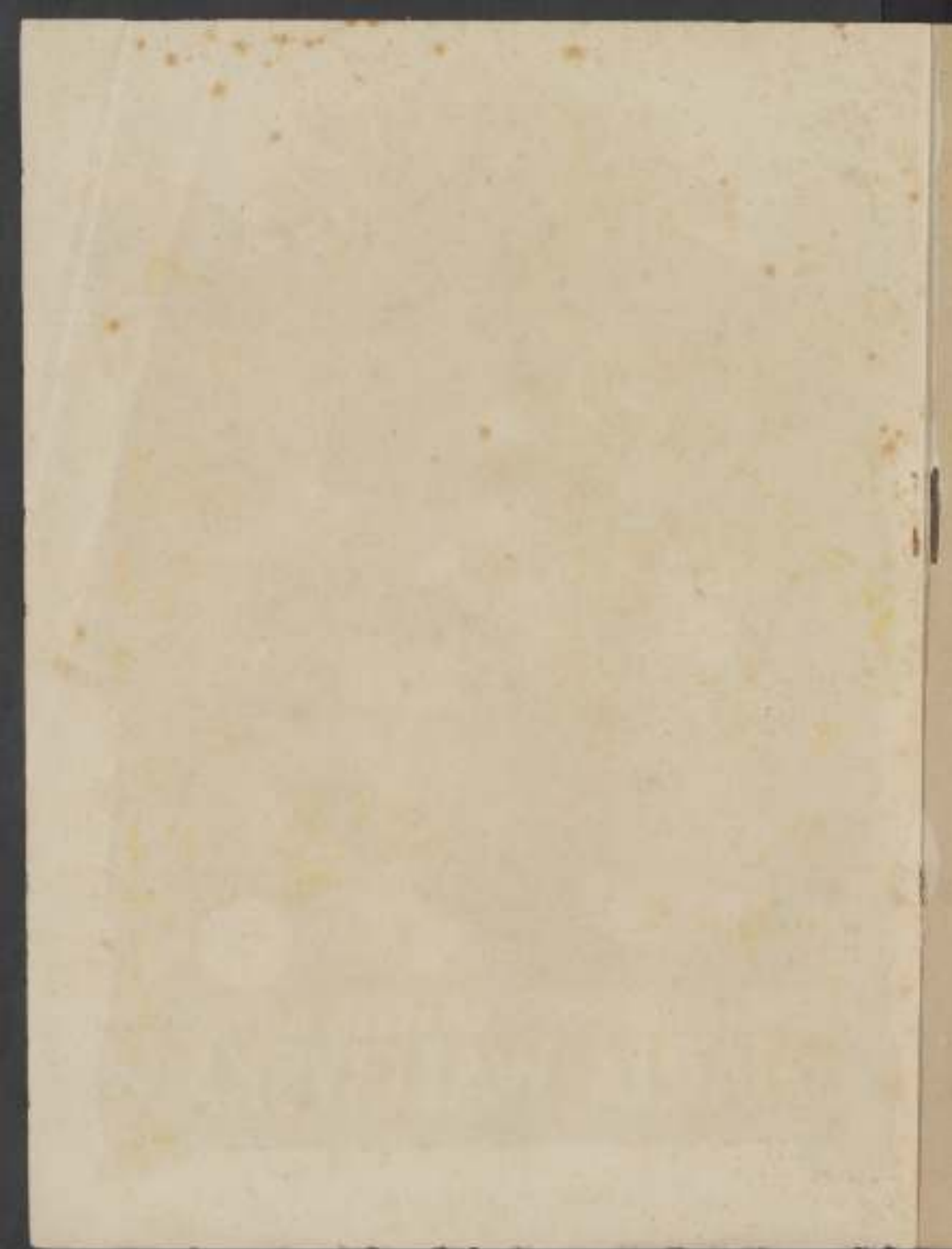




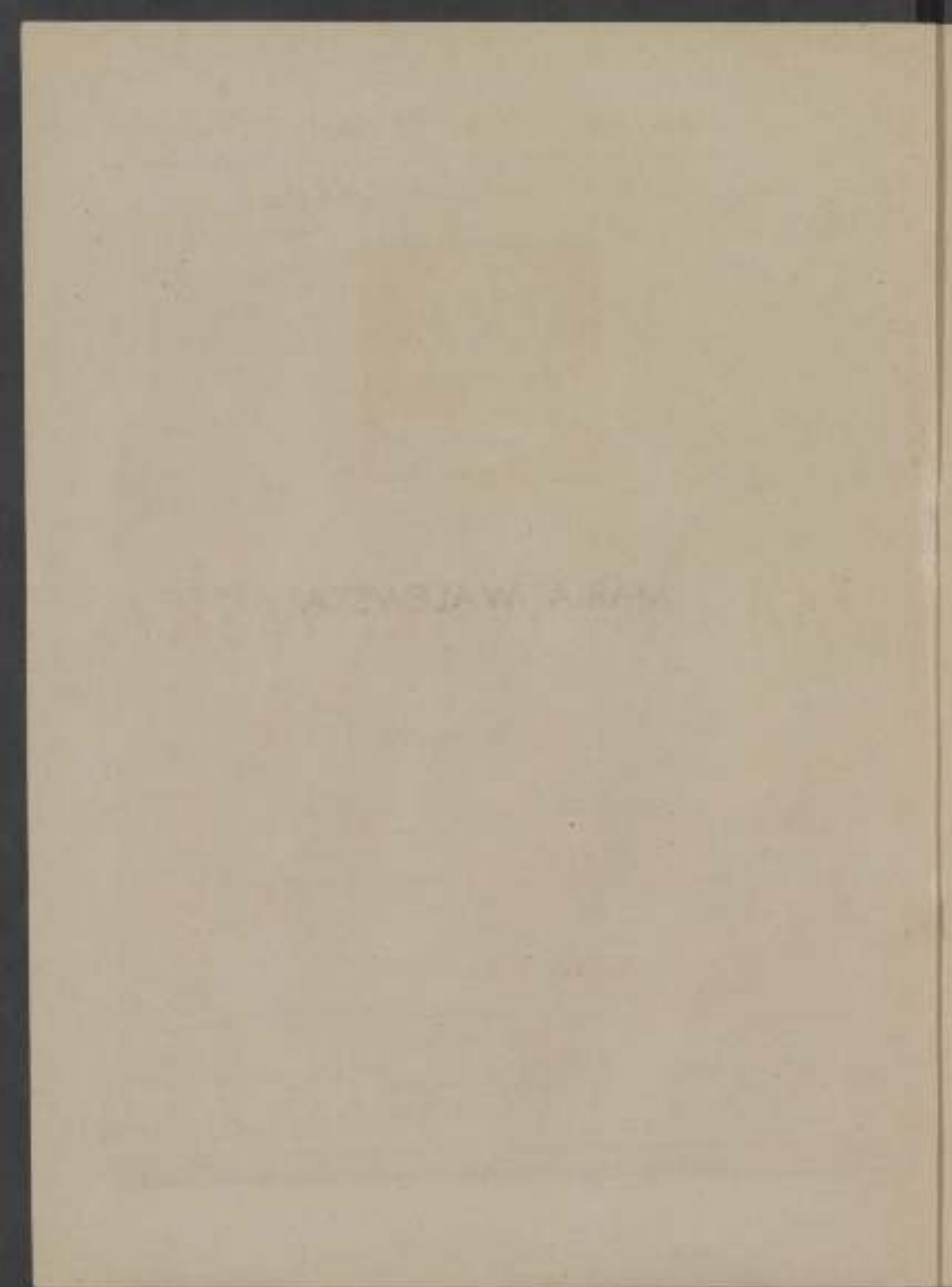
GRETA GARBO • CHARLES BOYER

MARIA WALEWSKA

BIBLIOTECA-CINE RIALTO



MARIA WALEWSKA



BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

MARIA WALEWSKA

CON

GRETA GARBO y CHARLES BOYER

Director: CLARENCE BROWN

Narración novelada: MARIA AMALIA DAMPIERRE

ES UNA PUBLICACION DE

Av. JOSE ANTONIO, 54



TELEFONO 23554 - MADRID

AÑO III

• 1944 •

NUM. 59



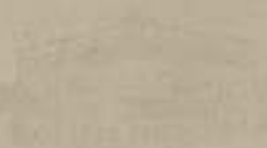
MARIA WALEWSKA

ROMAN EN UN VOLUME

PAR M. WALEWSKA

Traduction de M. de la Harpe

PARIS



MARIA WALEWSKA

I

1807: Sobre Europa estremecida y palpitante cruza, como un torbellino cuyo impulso nadie podrá frenar, el rayo de la guerra. Los pueblos caca fulminados, los tronos se estremecen y se derrumban las dinastías.

Sólo un hombre, Napoleón Bonaparte, ha sabido adueñarse de los destinos del mundo y atar a su carro triunfal la desmelenada y dramática cohorte de las naciones subyugadas a su poderío. La tierra se estremece bajo su paso y el águila jupiterina planea sus alas soberbias sobre la cabeza que nada ni nadie podrá abatir.

El vuelo triunfal de las banderas imperiales llega hasta las fronteras de Polonia, el pueblo sojuzgado al poderío despótico de Rusia y que espera en el caudillo francés la liberación de sus males. La juventud polaca siente en su propia carne las heri-

das que desgarran el suelo de su patria. En la frontera están los victoriosos soldados de Bonaparte, los granaderos huraños y feroces, los lanceros, los infantes curtidos por los soles, los vientos y las nieves de cien batallas.

Los polacos sienten renacer la esperanza y el entusiasmo en sus pechos, invadidos por las nieblas de la desesperación y el desaliento... En el Ejército napoleónico está la salvación de la nación vejada y oprimida. Y en aquellas filas invencibles se incorporan en masa, tremolando las banderas de la sagrada independencia...

* * *

Alejados de la fiebre tumultuosa de aquellos momentos, tanto como de todo trato social que no fuera compatible con el luto que ensombrecía los corazones de todos los buenos polacos ante el despojo de

que era víctima su desdichado país, los condes de Walewski se habían recluso, como en una fortaleza sentimental, en su señorial castillo de Walewice.

María Walewska había sido dotada por la Naturaleza de una belleza interesante y delicada. Su familia pertenecía a lo más puro y escogido de la nobleza polaca: los Lackzinski, que habían sentado una reina en el trono de Francia. María había recibido una educación refinada en el colegio donde permaneció hasta cumplir los quince años. Pero su madre había quedado viuda muy joven y en situación económica por demás difícil. Las rentas de un pequeño dominio y sus economías heroicas le habían ayudado a sacar adelante a sus hijos, venciendo las dificultades de una hacienda totalmente arruinada.

Al hallarse María frente al mundo, ante sus ojos, que se llenaban de lágrimas al contemplar el espantoso espectáculo de la patria despedazada, sólo se abría un horizonte consolador: el claustro. Su carácter tímido, servido por una imaginación exaltada y poderosa, tanto como la profunda piedad de sus sentimientos religiosos, la impulsaban a esa solución.

Pero en aquel camino, en que ya florecían las azucenas cándidas, se

interpuso, tentadora y fatal, la silueta del viejo conde Anastasio Colonna Walewski. Su fortuna era colosal, sus predios alcanzaban la extensión de una provincia entera. El apellido se encontraba entre los más brillantes de Polonia. La señora Lencziska, ante aquella inesperada perspectiva, se sintió deslumbrada. El conde pedía a María en matrimonio, y de nada valieron las lágrimas, las protestas y las súplicas de la joven. La resolución de la madre era tan firme, tan obstinada, tan resuelta a vencer todos los obstáculos que a ella se opusieran, que María, más débil, arrollada por aquella voluntad, cedió al fin... Se celebraron las desiguales nupcias.

Y comenzó una vida gris y apacible, llena de melancolía y de dulce resignación para María Walewska. Ella era la tercera esposa de Anastasio Colonna. Sus nietos mayores tenían casi la edad de la dulce sacrificada.

Al lado de aquel hombre bueno y tierno, pero que no le daba ninguno de los brillos de la ilusión, ninguno de los estímulos del amor, María devanaba los días y las horas, viéndolos perderse en un horizonte sin relieves: obras de piedad, lecturas, el despacho de los asuntos de su marido, eran toda la perspectiva de su juventud. Y la madeja dorada de sus

sueños iba palideciendo, como la dorada luz de sus cabellos, bajo la bruma fría en que una a una se iban marchitando todas las rosas de lo que podía haber sido una espléndida primavera...

* * *

Ante las recias puertas del castillo de Walewice, ya a altas horas de la velada, sonaron recios golpes que retumbaban en la melancólica soledad de aquellos parajes. Pocos instantes antes el bosque había repetido los ecos violentos de una galopada furiosa.

Un grupo de cosacos llamaba a las puertas de la señorial mansión, hiriéndolas con las culatas de sus fusiles, mientras gritaban:

—¡Abrid en nombre del Zar de todas las Rusias!

El portero se había despertado con sobresalto, y al oír esta intimación sintió revolverse en su pecho una oleada de ira cegadora.

—¡Esto es Polonia!—dijo—, ¡no aceptamos órdenes de vuestro Zar!

Pero se sintió arrollado por el grupo de soldados que, sin más contemplaciones, entraron tumultuosamente en el castillo, y mientras uno obligaba al indignado servidor a aposentar a los caballos en las cuadras, los demás tomaron posesión de las es-

pléndidos salones desiertos, en los que se proponían descansar y calentarse.

El luego empezaba a extinguirse a aquella hora, y los soldados, para avivarlo, no encontraron mejor expediente que el de arrojar a las llamas, después de destrozarlas, algunas sillas y muebles de los más ricos del mobiliario, acto que acompañaban con chanzas y burlas socces.

El conde Walewski era un noble patriota y un corazón valeroso. La intrusión de los soldados rusos en su castillo había despertado en su corazón un sentimiento de indignación profunda, y así, olvidando el riesgo que podía correr entre aquellos desafiados invasores de su casa, se presentó ante ellos y contempló en silencio el cuadro desolador que ofrecía la habitación y el espectáculo vergonzoso que en ella daban los soldados.

El capitán de los cosacos, impresionado a su pesar por la altiva dignidad del anciano, se acercó a él para preguntarle:

—¿Quién eres tú?

—Soy el conde Walewski—respondió con serena altivez el anciano—. Tengo el honor de ser vuestro huésped, caballeros.

—¡Un noble polaco!

—Por la gracia de Dios. Pero, permitid a mis criados que os trai-

gzo troncos, caballeros. El abedul huele mejor que la tapicería vieja...

Maria Walewska había sido advertida por el criado de lo que ocurriría en el castillo, y temerosa de que pudiera ocurrir alguna desgracia a su esposo entre aquellas gentes precipitóse en el salón y se acercó vivamente al conde, exclamando:

—¡Anastasio!

Se esposo se volvió rápidamente, asustado por aquella generosa imprudencia de su esposa.

—¡Enciértrate en tu habitación al momento! — coaminó. Pero ya era tarde.

El grupo de cosacos a quienes sorprendiera la bella presencia de Maria se habían precipitado a su encuentro y la rodeaban con tosca y ofensiva galantería.

—Pero, excelencia — exclamó el capitán—, ¿qué significa eso de enviar a esta joven tan encantadora a su habitación... sola?

—¿Por qué no estabas aquí abajo para recibirnos? — decía groseramente otro.

La joven, seria y altiva, extendió una mirada de frío desdén sobre los soldados, contestando con ironía:

—Espero que mi esposo no les habrá desatendido en mi ausencia.

Se preparaban acaso a dar una respuesta soez a aquellas frases, pronunciadas en un tono hiriente,

cuando de las cuadras, y con semblante descompuesto, llegó el soldado que había ido a llevar los caballos, gritando:

—¡Los franceses! ¡Los franceses! ¡Que llegan los franceses!

Una oleada de terror pareció recorrer a todos los presentes. El capitán, olvidado ya de todo propósito amoroso, se dirigió a sus hombres dándoles una orden tajante:

—¡A caballo todo el mundo!

Y solo un instante después los cascos veloces de los caballos que huían volvieron a estremecer la calma nocturna de los bosque de Walewska.

El conde, al hallarse de nuevo a solas con Maria, la abrazó emocionado:

—No debiste bajar—le dijo—, pero estoy orgulloso de ti...

* * *

Nuevo rumor de galopadas, nuevas voces de mando interrumpiendo la serenidad y la poesía del parque señorial; pero esta vez la emoción era muy otra.

Esteban, el viejo criado de los Walewski, irrumpió en el salón donde aún permanecían abrazados ambos esposos, gritando con agitación jubilosa:

—¡Son ellos, son ellos! ¡Son los

lanceros polacos! ¡Loado sea el cielo!... Y los manda el señorito Pablo...

En efecto. Pablo Lenczinski, hermano de María, había sido uno de los primeros jóvenes polacos que se habían enrolado en los Ejércitos salvadores de Napoleón. Un acto de servicio le había obligado a pasar conduciendo su escuadrón por cerca del castillo donde habitaban María y su esposo, y había decidido hacer un alto para dar descanso a sus hombres y renovar al propio tiempo la inmensa dicha de abrazar a su hermana, a quien hacía largo tiempo que no veía. Aquella feliz idea había librado a los Walewski de una indudable desgracia, alejando de allí providencialmente a los cosacos invasores.

María se lanzó al cuello de su hermano, a quien estrechaba contra su corazón, mientras sus bellos ojos se cuajaban de lágrimas de felicidad.

—¡Oh, Pablo, Pablo; Pablo querido!—ero lo único que acertaba a decir.

Abrazados entraron en el salón y María presentó el joven a su esposo, que le acogió cordialmente. Pablo, girando una mirada a su alrededor, comprendió inmediatamente todo lo ocurrido hacia unos momentos.

—¿Cosacos? — preguntó simplemente.

—Sí, mi querido Pablo — asintió el conde—, nuestros visitantes arreglaron la habitación... de acuerdo con el gusto ruso; pero no dejes que esto enturbie la alegría de tu regreso.

María apresuróse a dar órdenes para que se preparara una habitación a su hermano, pero este la interrumpió diciéndole que no podía permanecer allí más que unos instantes, ya que tenía que conducir sus tropas a Varnoff.

—Pero traigo grandes noticias —añadió acariciando tiernamente las mejillas de su hermana—. El Emperador está en Polonia.

El rostro de María, que se había entristecido ante la negativa de su hermano, volvió a brillar en una sonrisa radiante de esperanza.

—¡Napoleón aquí! — exclamó—. ¡Oh, ahora seremos libres!

—¡Dios te oiga! —repuso fervorosamente Walewski, y añadió—: Y ahora, si me perdonáis, voy a retirarme. Ya que Pablo tiene tan poco tiempo debéis dedicarlo el uno al otro. Buenas noches, María; que ese gran guerrero en el cual tú tanto confías, sea tan bueno con Polonia como tú lo eres conmigo.

María se acercó a su esposo y le besó cariñosamente.

—Y como tú para mí, Anastasio —respondió conmovida.

—Queda con Dios, Pablo. Que pronto nos volvamos a ver.

Tan pronto quedaron solos los dos hermanos, Pablo se acercó riendo a María.

—¡Déjame que te mire bien, hermanita! Pero, si casi no me atrevo a llamarte así... ¡Te has hecho una mujer! ¡Eres una gran dama que me deslumbra! Y llevas otro peinado...

—¡Claro que sí, tonto! La última vez que me viste llevaba trenzas... y a ti te encantaba tirar de ellas... Pero ven, siéntate aquí, junto al fuego. Esteban va a servirte aquí mismo algo de comer.

—Pato con "kasha", señorito Pablo — anunció el criado entrando con una fuente que despedía un olor apetitoso—. ¿Todavía le gusta?

—Claro que sí, Esteban, voy a devorarlo —respondió animosamente el joven—. ¡Ah, Esteban, no sabes cuánto me alegro de que estés aquí con María!... Así tiene a alguien de casa...

Un suspiro de nostalgia se escapó del pecho de María.

—¡De casa!

—Pero tu nuevo hogar es impresionante... condesa —añadió festivamente el hermano de María—. Y tú también estás impresionante... ¿recuerdas cuando queríamos huir

y alistarnos los dos en el Ejército de Napoleón?

—Tú sí que has tenido suerte de poder hacerlo, mientras que yo...

—murmuró tristemente la joven— Háblame de él; tú le conoces, ¿no?

—No...; apenas si le conozco.

—¿Le ves a menudo?

—No, muy poco, y siempre de lejos... Es la esperanza del mundo... figúrate..., a los treinta y cinco años llegar de simple soldado... a Emperador de los franceses.

—Me parece tan extraño vivir en el mismo mundo de él... y no verlo.

—Tal vez le verás.

María se acercó a su hermano y en sus ojos brilló una llamita de curiosidad.

—Y ¿cómo es la Emperatriz?

—Mucho más vieja que él..., con hijos mayores..., aunque a él no le ha dado hijos... El conde tiene también hijos mayores, ¿no es eso?

María interrumpió a su hermano con una sonora carcajada.

—Mi querido Pablo —asintió—, has de saber que tengo un nieto algo mayor que tú...; pero no; no me mires con esa cara. Soy muy feliz. Mi marido es muy bueno, y el hombre más recto, más cortés y más noble que existe.

Pablo sonrió.

—Es que yo quisiera para ti lo mejor del mundo.

—Sí; pero yo no ambiciono tanto — repuso gravemente María—. Sólo quiero ver libre a nuestra patria... Anda, cuéntame más del Emperador.

A través de las palabras con que Pablo le describía a aquel hombre excepcional, que atraía los temores y las admiraciones del mundo, María fué viendo cómo Napoleón, a pesar de su rango, dormía, en campaña, sobre un duro petate, igual que cualquiera de sus soldados; como trabajaba sin descanso, desarrollando él solo más actividad que diez hombres juntos, y demostrando en todos los asuntos una experiencia y una inspiración que nadie había igualado...; cómo, al pasar por los campos de batalla, los heridos se sentían consolados al verle y ostentaban el orgullo y la felicidad de morir por él y por Francia.

María le escuchaba absorta y de su pecho surgió una exclamación llena de fervorosa fe:

—¡Estoy segura de que logrará salvar a Polonia!

Breve tenía que ser aquella entrevista entre los dos hermanos. Pablo se veía obligado, después de aquel ligero descanso al lado de su hermana, a despedirse de ella y seguir con sus hombres hacia Yarnoff.

—No creas que es sólo por ti por lo que lamento marcharme—dijo en

tono de broma a su hermana—. Si pudiera quedarme aquí, quizá viera al Emperador.

María palideció de emoción.

—¿El Emperador aquí? — preguntó.

—Sí; cambiará de caballos en Bronie dentro de dos horas—y poniéndose en pie y estrechando a María contra su pecho, en el que la joven sintió latir aquel corazón amado, siguió—: ¡Adiós, hermana! ¡Que Dios te bendiga!

María respondió con los ojos llenos de lágrimas a la despedida de su hermano. Sólo un instante después le veía montar a caballo en el patio del castillo y partir con sus hombres, desapareciendo a poco el brillo de las armas y el color de los uniformes entre las tinieblas de la noche y las espesas sombras que proyectaban los árboles del bosque...

La condesa Walewska había quedado melancólicamente apoyada en el quicio de la puerta, intentando ver aun unos instantes. Vino a sacarla de su abstracción la voz afectuosa y familiar del viejo Esteban, que se inquietaba por su salud como cuando era niña.

—Os enfiaréis aquí, condesa María...—decía aquella voz a sus espaldas—. Es mejor que os vayáis a acostar.

Pero la joven no parecía haber oído estas prudentes palabras. Por el contrario, volviéndose hacia el viejo servidor, con aire decidido exclamó:

—Prepara el trineo y los caballos, Esteban; me llevarás a Bronie...

* * *

Cuando el Emperador, acompañado de sus fieles capitanes Duroc y D'Ornano llegó al pueblo de Bronie, ya le esperaba preparado el relevo de caballos.

La cabalgada había sido larga y fatigosa y el Emperador deseaba descansar un poco, por lo que, echando pie a tierra y seguido de sus edecanes, con los que departía amigablemente, emprendió un paseo a lo largo de la carretera que se extendía ante su vista.

D'Ornano, siempre atento a cuanto rodeaba al Emperador, había divisado una sombra fugitiva que se agazapaba entre las ruinas de una capilla abandonada cuyos restos se levantaban al borde del camino. Temeroso de un atentado contra Napoleón, se dirigió rápidamente hacia donde aquella sombra se había fundido con las que el difuso amanecer apenas esclarecía todavía y tropezando con una mujer, allí escondida, la cogió rudamente por el

hombro haciéndola salir al camino.

Napoleón se había detenido y se dirigió a su ayudante con extrañeza:

—¿Qué ocurre, D'Ornano?—preguntó.

—Es una mujer, sir—repuso éste con extrañeza, viendo que su prisionera, a juzgar por su porte y atavío, debía pertenecer a una elevada clase social.

Napoleón dirigió a la mujer una mirada inquisitiva y severa.

—¿Quién sois?—le preguntó.

Entre las sombras se alzó una voz dulce, pero firme, que respondía:

—Maria Walewska.

—Maria Walewska — repitió el Emperador—, ¿y que hacéis aquí a estas horas? ¿Habéis venido a rezar?

La condesa sintió que todo su aplomo y su decisión desaparecían ante aquella pregunta impregnada de un tono de ironía.

—Sí, Majestad... No, Majestad —balbució—. Es que... tenía que venir, Majestad.

Napoleón la miró con sorpresa.

—¿Majestad? ¿Entonces sabéis quién soy? ¿Y qué significa eso de que teniais que venir? ¿Quién os ha enviado?

—Nadie, Majestad — repuso Maria serenándose poco a poco—. Pero estabais en Polonia, en mi querida tierra, al fin... Había llegado



*Napoleón la miró con sorpresa:
—¿Majestad? ¿Entonces, sabéis quién soy?*



... pero a poco todo quedó eclipsando y obnubilado por la presencia del propio Emperador.

la hora que soñaba desde tantos años...

—¡Ah, vamos!— exclamó Bonaparte risueño y dirigiéndose a sus ayudantes— ¡Se trata de una patriota! Bien, María Walewska. Acercaos para que os pueda ver bien...

Breve fué esta visión a los ojos encantados de Napoleón. D'Ornano, aún temeroso, le apremiaba para que tomase de nuevo el coche. Antes de que la noche terminase tenían todavía que recorrer ocho largas leguas. Napoleón se resistía a partir. El macabroso rostro de María brillaba entre las nieves del paisaje como una perla. El fulgor de sus ojos parecía iluminar el bosque.

—¿Sois un ser real—le preguntó—o habéis nacido de esta misma nieve?

María sonrió feliz ante aquellas palabras del guerrero que tan profundamente admiraba. Sus dientes brillaron seductoramente entre el rojo de sus labios y se inclinó en una graciosa reverencia, que terminó de cautivar al Emperador.

—Lo que Vuestra Majestad desee.

—La nieve se derrite... Os prefiero real, muy real... Adiós, María Walewska. Nos volveremos a ver...

Y tomando entre las suyas la mano de la joven la besó con tendida

galantería, montando seguidamente en el coche, que arrancó presuroso.

Hasta que se apagó en la lejanía el eco de las pisadas de los caballos, María permaneció inmóvil en la nieve, sumida en un éxtasis de dicha. Había visto, había hablado, por fin, con Napoleón Bonaparte.

II

La llegada del Emperador a Varsovia hacía vibrar de entusiasmo todos los pechos polacos. Toda la nobleza se había reunido en la capital, deseosa de dispensar un recibimiento grandioso al que juzgaban su libertador.

La entrada de Napoleón en la ciudad constituyó una apoteosis delirante. Las damas, engalanadas con sus mejores atavíos, se asomaban a los balcones, desafiando un frío de veinte grados bajo cero; las flores caían en lluvia perfumada al paso del héroe, sembrando la nieve de una radiante alfombra de pétalos de colores; el pueblo, apretado en las calles y avenidas, le aclamaba con delirio; todo eran fiestas y agasajos por doquier.

El conde Walewski y su joven esposa no podían faltar a un acontecimiento tan señalado y se instalaron

de nuevo en su suntuoso palacio de Varsovia. También se vieron obligados a asistir, en razón a su elevada alcurnia, al baile de gala ofrecido a Napoleón por el príncipe Poniatowsky.

Entre todas las bellezas polacas congregadas en aquellos brillantes salones resaltaba la delicada y espiritual María, que envuelta en un vaporoso traje blanco parecía, efectivamente, la "hija de la nieve".

La esperanza de ver de nuevo al Emperador daba nuevo brillo y luz a su espléndida juventud, y la condesa charlaba y reía animadamente con sus amistades y con los caballeros a quienes el conde le iba presentando, orgulloso de la belleza y de la juventud de su esposa.

La entrada del duque de Talleyrand, príncipe de Benevento, ministro de Negocios Extranjeros de Francia y gran chambelán de Napoleón, fué acogida con murmullos de excitada curiosidad y admiración; pero a poco todo quedó eclipsado y oscurecido por la presencia del propio Emperador.

Con su proverbial simpatía, de la que hacía una irresistible fuerza diplomática, el Emperador fué repartiendo frases amables entre los nobles polacos que le iban siendo presentados por el príncipe; y las damas sentían halagados sus oídos por

las encendidas galanterías imperiales. Todos los corazones tenían en aquel momento un latido de emoción y de ansiedad. María, sobre todo, sentía palpar anhelosamente el suyo. ¿La reconocería Napoleón? ¿Habría olvidado a la que llamó "estatua de nieve" junto a la casa de pastas de Bronie en una breve e inolvidable hora? La joven condesa no había confesado a su marido aquella inocente escapatoria y a la esperanza de no haber sido olvidada se mezclaba ahora el temor de que todo se descubriera, poniéndola en situación desairada ante el conde. ¿Por qué no se lo había referido todo, entonces? Su marido hubiera sabido comprender... Se censuraba amargamente por no haberlo hecho, pero ya no tenía remedio lo sucedido. Napoleón se acercaba a ella acompañado del príncipe... Iban a serle presentados los Walewski...

—Chambelán, conde Anastasio Walewski—anunció Poniatowsky—. La condesa Walewska. Su hijo, conde Augusto Walewski, y condesa Augusta Walewska...

El Emperador, como si de pronto despertase en él un recuerdo mal dormido, se detuvo ante María.

—¡Walewski! —exclamó—. El nombre me es familiar... —y dirigiéndose hacia la joven que se sentía desfallecer de emoción, si-

guió—. ¿Sois vos nieta del chambelán?

María elevó la frente con dignidad.

—Sir, soy su esposa — contestó.

—¿Su esposa?—exclamó con extrañeza Napoleón, y dirigiéndose al conde le interrogó —: ¿de quién eraís chambelán, conde?

—Del último rey de Polonia, Majestad — respondió Walewski, añadiendo —: Hace cuarenta años de eso..., pero es que yo tengo setenta y cinco, sir.

—¿Y ésta es vuestra primera esposa?—prosiguió Napoleón con una sonrisa—. ¿Qué edad tenéis, señora?

María le dirigió una severa mirada y respondió sin inmutarse:

—Soy la tercera esposa del conde, sir. Y en cuanto a lo de la edad, si es una orden... las mujeres tenemos el derecho de desobedecerla...

Napoleón se echó a reír y aprobó complacido:

—Buena respuesta... Sois muy ingeniosa, condesa, además de bellísima. Y no olvidéis que yo aprecio siempre el valor. Lo mismo en el hombre que en la mujer.

Y continuó recorriendo el salón al lado de Poniatowsky, que seguía presentándole a sus invitados.

No tardó en verse rodeado de los altos dignatarios polacos que espe-

rahan ansiosamente de él la confirmación de sus esperanzas de que Francia apoyase la causa polaca. La conversación giró sobre temas políticos; pero el Emperador parecía distraído e indiferente a aquellos asuntos. A cada momento volvía la vista hacia el lugar en que se encontraba María Walewska.

—Ese conde Walewski—exclamó al fin, interrumpiendo la conversación—debe ser riquísimo para permitirse el lujo de tener una mujer tan joven y hermosa.

—Es muy rico, en efecto, Majestad — afirmó Poniatowsky —. Pero, sir, dejadme deciros otra vez cuán desesperadamente necesitamos vuestra protección...

—Mi presencia aquí—repuso Napoleón, siempre con aire distraído para cuanto no fuera la idea que le dominaba—es ya buena prueba de mis... simpatías. Pero, decidme: esa condesa Walewska debía ser extremadamente pobre para...

—Era muy pobre, Majestad—afirmaba el príncipe, desolado del giro que tomaban las cosas—. Y volviendo a nuestro asunto..., vuestra sola simpatía no nos basta; necesitamos vuestra alianza, vuestra...

Pero Napoleón no le escuchaba. Había hecho una seña a Duroc, que se le acercó inmediatamente, y con el que habló en voz baja. Luego, con



Peru Napoleón no le escuchaba. Hubía hecho una seña a Duroc para que se le acercara inmediatamente.

amable sonrisa, se volvió hacia su interlocutor:

—Deciais, Príncipe...

* * *

Maria había estado charlando animadamente con el capitán D'Ornano, al que había prometido el primer baile de la noche, cuando se vió sorprendida por la presencia de Duroc, que se inclinaba ante ella rogándole:

—Señora, ¿me concederéis el honor del primer baile?

Y como ella se excusará alegando el compromiso ya contraído, Duroc insistió:

—Su Majestad sugiere que el capitán D'Ornano vaya a descansar. El viaje ha sido duro.

El capitán se inclinó sonriendo:

—¿Me perdonáis, señora, si me entra sueño de repente? —preguntó—. Por lo menos me quedará el consuelo de soñar con vos... Esto nadie me lo puede impedir.

Pero en cuanto se inició el baile y Napoleón hubo marcado unos compases con la princesa Poniatowski, como exigía la etiqueta, abandonó a la anciana señora con pretexto de no fatigarla y sustituyó a Duroc, comenzando a bailar con Maria. La maniobra no había pasado inadvertida para nadie y la joven se sintió

ofendida por aquella actitud del Emperador.

—Esto se sale de las reglas, sir —exclamó—. Estáis llamando la atención.

Napoleón, sin hacer caso de sus palabras, murmuró a su oído.

—Sois deliciosa... ¿Vendréis a verme mañana?

—No, sir.

—Bien fuisteis a verme la otra noche, ¿no es así?

—Pero sin ser vista... Aquella vez obedecí al impulso de adorar a un héroe.

—¿Y no podéis seguir otra vez ese impulso? ¿O es que debo entender que estáis desilusionada?

—No, sir—repuso con un leve tono de tristeza Maria—. Pero temo llegar a estarlo.—Y fijándose en que su coloquio despertaba la atención de los circunstantes, suplicó: —Por favor, sir; nos están mirando... Yo no estoy acostumbrada a esto... Es mi primera visita a Varsovia.

—Y la mía...—repuso sonriendo el Emperador—. ¡Qué encantadora coincidencia! Cambiaremos impresiones mañana... Duroc ira a huscaros y os llevará a mi presencia.

Y sin dejar tiempo a Maria para renovar su negativa, Napoleón se despidió, inclinándose rendidamente ante ella y besándole apasionadamente la mano...



—Me perdonáis, señora, si me entra sueño de repente?



—Caballero—dijo paseando su mirada sobre el grupo de visitantes—, ¿quién de vosotros es responsable de esta ultrajante visita?

Al entrar María en su habitación aquella noche, de regreso del baile, encontró sobre su tocador un billete cuya letra, tan irregular que resultaba ilegible, traxaba las siguientes palabras:

"No he visto más que a vos, sólo a vos he admirado, no deseo más que a vos. Una pronta contestación para calmar el ardor impaciente de N."

La condesa sintió que sus mejillas enrojecían de indignación. ¿Qué había creído de ella el héroe admirado, que ahora caía desde todo lo alto de donde lo colocó su fervor inocente? En aquel momento María despreciaba al corso. Ella, que le había convertido en un culto, que le admiraba desde lo más hondo y exaltado de su corazón... María, prometiéndose no volver a verlo, arrojó airadamente al fuego de la chimenea aquel billete en que así se lisultaba lo más puro de sus ilusiones.

Pero al despertar por la mañana le esperaba un nuevo mensaje. Sin abrirlo hizo que se devolviera a su portador.

Pronto pudo comprender María la influencia que en la sociedad polaca había tenido la actitud con ella observada por el Emperador la noche antes. Los salones del palacio de Walewski se veían llenos de gentes

encopetadas que venían a cumplimentar a la que ya juzgaban poseer los destinos de Polonia en su mano. Ante ella, en reverente caravana, desfilaron el príncipe Poniatowsky, los más ilustres magnates, y con ellos Talleyrand, Duroc, Maret, Savary..., lo más escogido del Ejército francés y del séquito del Emperador.

María se había negado a recibir a nadie. Pero su esposo, a pesar de los sentimientos que en él despertaba aquel asedio, cuyas causas no podían ocultársele, desoyendo lo que dictaban sus sentimientos particulares, insistió con ella, movido por su ferviente amor patriótico, para que recibiera por lo menos a los enviados polacos.

Al encontrarse frente a ellos, el anciano senador Mallachowski, cabecilla de los patriotas polacos, tomó la palabra, no sin emoción.

—Mi querido conde Walewski —dijo con tristeza—, nuestras súplicas a Napoleón han sido infructuosas. No quiere comprometerse a nada. Ahora nos pide cuarenta mil soldados más, más cañones, más caballos y equipos. Si nos negamos, Polonia está perdida. Y hay rumores de que Napoleón está negociando con Rusia. Si Francia y Rusia se hacen amigas, imagínos qué sería de nuestro pobre país...

—¿Y si accediéramos?—preguntó el conde.

—Ni siquiera entonces tendríamos seguridad. Por eso es por lo que recurrimos a vos.

—¿A mí, senador?—preguntó el conde con profunda sorpresa.

—Sí, mi querido conde. Vos solo podéis ayudarnos. Es decir... permitid que os recuerde que en momentos críticos de la Historia ha habido que exigir del pueblo el máximo sacrificio...

Maria palideció intensamente a estas palabras.

—¿Es que sugerís—exclamó—que yo lograría tener éxito donde han fracasado las legiones polacas? ¿No es eso, caballeros?

Maliachowski cogió con ternura la mano de la condesa.

—Sí, mi querida niña — respondió—. Creedme. Por haberos podido ahorrar esto, habiéramos dado nuestras vidas... igual que dimos nuestro orgullo y nuestros bienes. Nos humillamos ante ese hombre y no nos escuchó... Quizá es escuche a vos... Creemos que el destino de Polonia está en vuestras manos en estos momentos. Y siendo así, no perdéis vuestro honor... Tal vez habéis nacido hermosa para que Polonia pueda ser libertada... Que vuestro corazón, que vuestro amor patrio os inspiren. Y ahora, viejo amigo—termi-

nó volviéndose al conde que había escuchado livido sus palabras—, adiós. Esta ha sido la hora más amarga de mi vida.

Walewski avanzó un paso y se dirigió a ellos con expresión firme y serena:

—Caballeros — dijo paseando su mirada sobre el grupo de visitantes—, ¿quién de vosotros es responsable de esta ultrajante visita? ¿Con quién me he de batir?

—Podéis matarnos a todos — interrumpió Poniatowsky—. Hemos considerado el honor de nuestra patria más importante que el nuestro. Pero recordad que también es vuestra patria, conde...

Y uno por uno, inclinadas las frentes y ensombrecido el corazón, fueron abandonando la estancia los nobles polacos.

Apenas quedaron solos corrió Maria a abrazarse a su marido, asegurándole con lágrimas en los ojos que su único deseo era olvidar todo lo ocurrido como si hubiera sido una pesadilla y que no quería volver a ver jamás a Napoleón...

Pero el veneno infiltrado en sus venas por la proposición de los nobles polacos no dejaba de hacer su efecto. Cuando, horas más tarde, sentados melancólicamente junto al fuego, con la mirada perdida en el vacío, Maria rememoraba los extra-

ños sucesos acaecidos durante los últimos días y que tanto habían inquietado su vida, hasta entonces monótona y gris, la sacó de su ensimismamiento la voz del conde, que le preguntaba:

—¿En qué piensas, María?

La joven alzó hasta su marido la mirada pura y sincera de sus ojos y repuso con acento en que vibraban el pesar y la duda:

—Me pregunto si algún día mis compatriotas dirán: "Ahí va María Walewska..., que pudo haber salvado a Polonia... y no lo hizo..."

* * *

En los días sucesivos Napoleón continuó el asedio comenzado. Sus cartas se repetían, insistentes, fogosas. Como María se negaba a tomarlas, el propio Duroc las abría y se las leía.

"¡Oh, venid, venid—decía una de las más apasionadas—. Todos vuestros deseos serán realizados... Vuestra patria me será más querida cuando tengáis piedad de mi pobre corazón."

A su pesar, estas palabras emocionaron a María. Era verdad, en efecto, que todo dependía de ella. Que Napoleón no se interesaría por Polonia si ella no consentía en visitarle, en aceptar su amistad...

Unos días antes, Talleyrand había ofrecido una cena a la que el Emperador se negó terminantemente a asistir si María no figuraba entre las invitadas.

Durante aquella cena Napoleón se había mostrado como un enamorado rendido, pero que sabía rodearla de un absoluto respeto... ¿No estaría ella exagerando la importancia del peligro que pudiera encerrar la entrevista que con tanta insistencia suplicaba?

Al día siguiente, apenas cayó la noche, un coche cerrado esperaba a la puerta del palacio Walewski. A él subió una dama cuyo rostro iba cubierto por un tupido velo. Arrancó el coche y fué a detenerse en una puerta trasera de la residencia del Emperador. Allí la esperaba Duroc, que ayudó a la dama a descender del coche y luego, tomándola de la mano, la condujo a través de corredores y galerías hasta la estancia donde el Emperador, a pesar de lo avanzado de la hora, se hallaba trabajando con su secretario Maret...

La mujer avanzó con paso vacilante sintiendo que su corazón le temblaba en el pecho, pero Napoleón, después de saludarla con rendida cortesía y hacerla sentar en un sillón, volvió a su trabajo, con estas palabras:

—Perdonad, señora, pero mis



—Señora. Las palabras que atormentan mi cerebro no pueden salir de mis labios, ni aun para vos...

ocupaciones son inexorables... — y volviéndose a su secretario continuó: — Maret, seguid con la carta al soberano de Persia: "Si vuestra Alteza tuviera a bien contribuir con trescientas reses y cuarenta mil hombres, quizá cincuenta mil..., no puede ponerse en duda el éxito de la conquista de la India".

Napoleón se levantó de su asiento, dando por terminada la tarea.

—Nada más—dijo a Maret, que recogió sus papeles—. Ahora id a dormir y volved dentro de cuatro horas...

Y sólo cuando el secretario hubo abandonado la estancia pareció darse cuenta de quién era la mujer que tenía delante. Entonces se acercó a ella galantemente, la hizo quitarse el sombrero, quejándose de que ocultaba la belleza de sus cabellos, y comenzó a verter en su oído la inacabable serie de palabras de amor que había almacenado durante todos aquellos días de espera y de ansiedad.

Pero María no parecía darle oídos. Todas las frases de Napoleón caían en el profundo vacío de su espíritu, en el que ya no cabía más que un amor: su patria. Interrumpiendo al Emperador, se arrojó a sus pies y le suplicó con frases ardientes, entrecortadas por la emoción que la embargaba, que se compade-

ciese de ella y de su desdichada Polonia...

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Napoleón la miraba sorprendido, pues nunca creyó encontrar en su resistencia otros sentimientos que los de una mujer coqueta que hace valer sus encantos. La explosión de aquel dolor le producía intenso malestar y al mismo tiempo acrecentaba su interés al aumentar con su expresión doliente los encantos de María... Aquella mujer era sincera. Su único deseo era conservar su inocencia y su pureza. Apelaba en él, no al enamorado, sino al caballero...

Entonces el deseo que hasta aquel momento le había turbado, se convirtió en admiración, en ternura respetuosa y apasionada. En amor verdadero. Conteniendo sus impulsos, dulcificando sus bruscos modales de guerrero, supo hablar a la joven con tal luego y al mismo tiempo con tan hondo respeto que la eterna llama fué a prender también en el corazón de la joven polaca y se desvaneció su altivez y su recelo, y se olvidó de todo lo que en aquella hora de encanto no fuera el hechizo de aquella voz persuasiva que abría ante ella desconocidos horizontes.

Cuando María pudo volver, por fin, a la realidad, habían pasado muchas horas. Cuando intentó sus-

traerse a la fascinación y separarse del Emperador, la voz de él suplicó a su oído: "¡Quédate!" Y ella no pudo, no supo resistir a lo que le decía aquella voz...

* * *

Las luces del salón en el castillo de Walewice habían permanecido encendidas durante toda aquella noche angustiosa. Paseando por las amplias estancias, el conde Walewski sentía desfallecer su corazón en la tremenda espera. En su frente se agitaban las ideas más tenebrosas. Las horas habían pasado lentas, interminables, desesperantes. Empezaba a pintarse en los grandes árboles del parque la primera pálida luz del día.

El fiel Esteban entró en la habitación llevando sobre una bandeja un servicio de café y un ligero refrigerio, que colocó silenciosamente sobre una mesita, junto a la chimenea. Luego permaneció en pie esperando que su amo le ordenara servirle; pero éste, sin poder soportar el mudo reproche que se leía en sus ojos, le despidió con ademán fatigado.

—Vete, Esteban; vete a acostar... Yo esperaré a la condesa María...

Instantes después unos débiles golpes sonaron en la puerta. Al abrirla el conde, ante sus ojos de-

vastados por la fatiga y el dolor, apareció la pálida figura de María.

—Entra — dijo simplemente el conde.

La joven obedeció, sintiéndose morir. Pero su cabeza, tan bella en su dolor, se irguió ante la mirada acusadora de su esposo, y su paso se hizo firme y seguro para entrar en el castillo.

—He vuelto para oír mi sentencia, Anastasio — exclamó.

Sonó en sus oídos la severa, la implacable voz del conde.

—Señora. Las palabras que atormentan mi cerebro no pueden salir de mis labios, ni aún para vos... Saldré para Roma cuando esté en disposición de anular nuestro matrimonio... Esta finca será vuestra. Sus ingresos bastarán para cubrir vuestras necesidades... — y su voz se rompió en un sollozo que reprimió con dolorosa energía, al pronunciar: —¡Adiós, Maria Walewska!

* * *

Durante toda una larga semana Napoleón esperó noche tras noche a la condesa, pero ésta no volvió. Du-rac que iba a buscarla ni siquiera había conseguido llegar hasta ella. María se excusaba de asistir a las fiestas, no recibía ninguna visita. Encerrada en sus habitaciones, lloraba,

rezaba, apenas comía, pensando espantada en la imprudencia que había cometido acudiendo a su cita con el Emperador.

El conde Anastasio había salido de Varsovia con el pretexto de ir a visitar sus posesiones de Pomerania, asoladas por las tropas prusianas. Mil veces sintió María el impulso de marchar a su encuentro para echarse a sus pies y pedirle su perdón y su olvido... Pero en su corazón luchaba contra aquel impulso el amor que tan a su pesar Napoleón había sabido inspirarle y, por otra parte, alimentaba la esperanza de que el Emperador sabría pagar su deuda con ella cumpliendo cuanto había prometido en favor de Polonia. Sólo esto podría reparar el daño causado a María y a su esposo.

Sin duda Napoleón comprendió también que María se negaría a volver a verle mientras él no cumpliera esta condición, y decidido a conquistarla plenamente, comenzó a orientar su política hacia una reconstrucción progresiva de Polonia. Para ello estableció un Gobierno regular, se nombró un Consejo de Estado, se designaron ministros... Más aún: Napoleón organizó el núcleo de un Ejército polaco formado por la juventud de las tres provincias liberadas. Y las gloriosas banderas que habían ondeado en el aire de Polonia

antes de ser repartida, fueron sacadas de sus piadosos escondrijos y volvieron a guiar a sus soldados frente a regimientos de lanceros, de dragones, de caballería ligera, puestos bajo el mando del príncipe Poniatowsky.

Cuando María tuvo conocimiento de estas cosas que no eran si no el comienzo de las promesas del Emperador, expuesto a los vaivanes que le imprimieran los azares de la guerra, sintió que en su espíritu volvía a renacer lentamente la calma y la confianza. Y pudo pensar sin rencor y sin indignación en aquel hombre que tan decisiva influencia había ejercido en su destino.

Cierta noche, el viejo Esteban vino a anunciar a María que unos caballeros franceses solicitaban ser alojados en el castillo. Con ellos vendría también su general.

María se apresuró a dar las órdenes oportunas a los criados y encargó a Esteban que hiciera pasar a los oficiales al salón. Al entrar ella a cumplimentar a sus alojados, vio con indignación que éstos no eran sino Duroc y algunos oficiales, y que el general cuya visita se le anunciaba era... el propio Emperador.

Sin embargo, conteniendo los sentimientos que desbordaban su pecho, tomó serenamente en sus manos la bandeja en que, según cos-



Y volviéndose a su secretario continuó:

—Maret, seguid con la carta al soberano de Persia.



Sin embargo, conteniendo los sentimientos que desbordaban su pecho, tomó en sus manos la bandeja en que, según costumbre del país, se ventanaba el pan y la sal de la hospitalidad.

tumbre tradicional del país, se contenía el pan y la sal de la hospitalidad y se dirigió a dar la bienvenida a sus huéspedes.

Napoleón adoptó un aire indiferente y ligero al verla.

—Espero que nuestra intromisión no os moleste, señora—le dijo—. Será un gran favor que mi Estado Mayor... pueda pasar aquí la noche.

Maria se inclinó profundamente ante el Emperador.

—Tomad el pan y la sal en señal de bienvenida... Un huésped ha entrado en esta casa. Dios entra con él. Deseo que Vuestra Majestad se encuentre cómodo. Buenas noches, sire...

Y sin hacer caso de la mirada suplicante que la dirigía el Emperador se retiró a sus habitaciones.

Napoleón, decepcionado, quedó solo en el salón. Duroc había salido a inspeccionar la instalación de sus soldados. El enamorado empezó a pasear impaciente, recorriendo la estancia de arriba abajo. Su paciencia empezaba a agotarse. ¿No lograría él, a quien no se resistían los Imperios más poderos de la tierra, vencer el orgullo de una débil mujer?

Napoleón recorrió las estancias contiguas, pensando así distraer su tedio y vencer su decepción. Al pasar a una sala que comunicaba con el gran salón, se vió sor-

prendido por la inesperada presencia de una dama de edad avanzada que dormitaba en un sillón. Iba ricamente ataviada y en sus cabellos, blancos como la nieve, brillaban los azabaches de un aderezo antiguo. Era Pelagia Walewska, hermana del conde Anastasio, que habitaba también en el castillo, pero cuya razón desvariada le hacía creer que los años no habían transcurrido y que aún vivía entre las mismas gentes que vivió en su juventud.

El ruido de los pasos de Napoleón la hizo despertar sobresaltada, y al ver ante ella a éste, le preguntó ativamente.

—¿Quién sois?

—¿Vos?—repuso Napoleón secamente.

—No seáis impertinente, joven—dijo la anciana—. Responded a mi pregunta. ¿Quién sois? No recuerdo haberos visto jamás.

—Miradme bien... ¿No me conocéis? Soy Napoleón Bonaparte.

—¿Napoleón Bonaparte? ¿Qué clase de nombre es ése? ¿Qué nacionalidad tenéis?

El diálogo empezaba a desconcertar al Emperador, que miró a la anciana con menos aplomo.

—Pues... soy corso de nacimiento, pero francés por adopción... y Emperador de Francia... por mis méritos.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de hacer prorrumpir a la anciana en una sonora carcajada.

—¡Con que sois Emperador de Francia!—exclamó con regocijo—. ¡Eso sí que es bueno! Supongo que mi gran amigo Su Majestad el Rey Luis XVI habrá abdicado en vuestro honor, seguramente, ¿eh?

Aquellas palabras arrancaron una sonrisa a los labios de Napoleón.

—Bueno—asintió—. El no lo sabía entonces, pero así fué en efecto.

—Vamos, vamos—se impacientó Pelagia—. Dejaos de tonterías. Esta casa se está convirtiendo en una casa de locos. ¿Sabéis jugar a las cartas, por lo menos, joven?

—Desde luego.

—Muy bien... Venid aquí... Emperador—dijo, conduciéndolo hacia una mesita de juego—, supongo que ya que sois un Emperador podréis permitirnos el lujo de jugar por dinero.

—Señalad vos misma la puesta.

—¡¡Puff!!—hizo la anciana—. Vuestro dinero será tan irreal como vuestro título. Juguemos sólo para entretenernos. Y decidme: ¿qué erais antes de ser Emperador?

—Un soldado.

—Lo que me figuraba. Y ¿por qué os da por decir que sois Emperador?

—Se puede ser las dos cosas—dijo

Napoleón divertido por aquel diálogo—. Alejandro lo era.

—Todo aquel que se vuelve loco se figura que es Alejandro—sentenció la anciana—. Pero si Alejandro se hubiera vuelto loco, ¿quién se habría figurado que era?

—Napoleón—afirmó muy seriamente el Emperador.

Empezó la partida. Pero la suerte estaba decididamente de parte de aquel "loco" que se creía ser Emperador. Pelagia se sintió lesionada en su dignidad de jugadora y le acusó de tramposo. Cuando Napoleón estaba a punto de perder definitivamente la paciencia y enviar a paseo a aquella vieja imperfina, María entró en la habitación.

—María—exclamó Pelagia iracunda, dirigiéndose a su cuñada—, echa este hombre de casa. ¿Cómo ha podido entrar aquí? Es un soldado y hace trampas en el juego. Lo voy a poner en conocimiento del propio Rey Luis XVI... Ahora voy a recontar la vajilla de plata, por si acaso. Todo se puede esperar de un tramposo.

La condesa trató de apaciguar a la enfurecida señora.

—Venid, Pelagia—le dijo dulcemente—; es hora de acostaros. Yo recontaré la vajilla.

Y la impulsó con suavidad fuera

del salón. Luego se volvió hacia Napoleón.

—Perdonad, sire. Mi cuñada no está en su sano juicio. Espero que no os habréis molestado demasiado..., y ahora, buenas noches.

—Quedaos, por favor — suplicó Bonaparte tomándole una mano —. ¿O es que todavía me guardáis rencor? He venido a ofreceros el botín de una victoria que no habéis buscado... Mi arrepentimiento y mi admiración.

Pero María permanecía sorda a sus protestas.

—Vuestra Majestad me ha expresado sobradamente su admiración... Evitadme vuestro arrepentimiento — dijo; y ahora, ¿tengo permiso para retirarme?

—¡Ah, María, María! — se lamentó Napoleón —. ¡Cuán cruel sois conmigo! No puedo vivir sin vos, me siento solo...

—Pero ¿es posible que el dueño de Europa..., que puede ordenar a un millón de hombres que mueran por él, se sienta solo? ¿Que no pueda ordenar a uno que sea su amigo? ¿Por qué no dictáis un decreto, sire, anulando vuestra soledad?

—Apelo a vuestra generosidad, María.

—Seré tan generosa como vos lo habéis sido conmigo. Decís que estáis solo, pero ¿en dónde podríais

acoger a un amigo? ¿En el corazón?... Ya lo ocupáis vos mismo... ¿En la mente? La ocupa el mundo entero... y vuestros deseos no son dignos de gozar de una amistad... Vos estaréis siempre solo, sir. ¿Pero no es la soledad un precio muy barato para pagar el poder? Además, sabéis soportarlo. Sois lo bastante cruel, incluso para vos mismo...

Las amargas palabras de María, lejos de desanimar al Emperador, eran en él acicates para luchar por la conquista de su amor.

—Escuchadme, María — dijo, obligándola dulcemente a sentarse a su lado —. Presumís de conocerme muy bien..., pero estáis equivocada... Me veis rodeado de gloria, pero yo conozco la derrota. De niño, cuando estaba en la escuela, era pobre, tímido y despreciado. Estaba delgado, desnutrido. Había una chimenea en la escuela... Hacía mucho frío... Pues bien; nunca pude acercarme a ella. Los chicos mayores me lo impedían. Nunca hallé bastante calor..., ni lo he hallado nunca desde entonces..., ni lo hallaré jamás... Eso fué una derrota... A los veintisiete años dejé la mujer amada para mandar el ejército de la República... El mundo me aclamó como salvador de Francia, pero ella me traicionó. Gloria, poder, eso...,

IV

cuanto he querido; pero amor no lo he tenido jamás... Los lazos de la sangre son fuertes en mí; he puesto sobre tronos a mis hermanos y parientes... y me lo pagan con sus querellas, sus envidias y sus egoísmos. Eso ha sido otra derrota. Y no tengo un hijo... Nadie... Sólo me queda mi madre... Y me llaman tirano y le meten miedo a los niños con mi nombre... También es una derrota. Cuando otra vez me veáis entrar triunfador en un país, cubierto de gloria..., recordad esto. Y ya no os retengo más contra vuestra voluntad. Buenas noches, señora. Creo que sois infinitamente más cruel que yo.

Y poniéndose de pie Napoleón, besó la mano de María, aquella mano tan blanca en la que se transparentaban las venas, y la puso sobre su corazón.

Ella sintió en el suyo el golpe de aquella ternura inesperada, el de aquel reproche final. Perdió el color y sus ojos se cerraron... Un minuto después se encontraba prisionera entre los brazos del Emperador.

—Te quiero, María—murmuraba Napoleón, apasionadamente.

—Y yo también te quiero—suspiró ella vencida—. Ya nunca más podré volver a separarme de ti.

María volvió a Varsovia para estar cerca de Napoleón durante las últimas semanas que éste permaneció aún en la capital polaca. En aquellos días que precedieron a su partida para reunirse con el ejército, se ocupó más de María que de sus planes militares, y Duroc le encontró muchas veces con la cabeza entre las manos ante un mapa que no vela, soñando con ella, que había penetrado en su corazón por el camino más sencillo.

Mientras tanto, las tropas rusas, mandadas por Benigsen, se concentraban en la Prusia Oriental. Napoleón quiso, en medio del invierno, asestar un golpe imprevisto, capaz de poner fin a la campaña, y dió orden al Ejército de ponerse en marcha.

Napoleón abandonaba a María con tristeza, pero le sostenía la idea de que marchaba a combatir por ella. La suerte de Polonia se jugaba en aquella batalla. Si vencía, cosa que daba por segura, le ofrecería en homenaje los laureles de la victoria. Prometió enviarle todos los días un correo, y ella le dió las gracias conmovida, y cuando la hubo estrechado por última vez entre sus brazos y se hubo alejado del palacio, María

comprendió que, a pesar de todo, eran muy fuertes y profundos los lazos que la unían con él. Y entonces, por primera vez, mezcló en sus oraciones el nombre de Bonaparte...

Los primeros correos trajeron noticias triunfales. Los franceses vencían en todas las batallas. Se aproximaba una acción decisiva: la de Eylau.

Beningsen, con ochenta mil hombres, supo resistir durante doce horas los furiosos ataques de Bessières y Devoust, los generales franceses. Finalmente, a las ocho de la noche, los fuegos encendidos en las filas francesas iluminaron la retirada de los rusos y un inmenso campo de nieve cubierto por las manchas oscuras de miles de muertos...

Sin embargo, el "Te Deum" ordenado por Napoleón en acción de gracias fué entonado sin alegría en las iglesias polacas. A pesar de las seguridades que daban los boletines, la batalla había quedado indecisa. La guerra no había terminado allí. Era preciso ahora volver a los cuarteles de invierno, reorganizar las tropas y aplazar una vez más la acción decisiva. Esta vez la noticia no le fué enviada a María por ningún correo; el propio Duroc, nombrado gran mariscal por el Emperador, fué el encargado de llevársela. Napoleón, que se había instalado en Finckes-

tein esperando poder emprender de nuevo las operaciones, la mandaba llamar. Se encontraba malhumorado, irritable, enfermo y no podía vivir sin ella. Duroc, con su franqueza acostumbrada, no se cuidó de atenuar los hechos. En su opinión, Eylau había sido una derrota. Y el Emperador, lejos de sus bases, teniendo delante a Rusia la impenetrable, en la que se concentraban fuerzas desconocidas que caerían sobre él en la primavera, se sentía por primera vez en su triunfal carrera invadido por la inquietud...

En los latidos de su corazón, mientras escuchaba a Duroc, comprendió María que le sería imposible resistir a las súplicas del Emperador. Si éste hubiera vencido, seguramente que se hubiera negado, ya que abandonar Varsovia era tanto como renunciar para siempre a su hogar y hacer público su deshonor. Pero la desgracia de Napoleón era para ella un resorte irresistible. Tomó al punto su decisión y comunicó a Duroc que a la mañana siguiente estaría dispuesta para seguirle a Finckestein, donde Napoleón la esperaba...

* * *

Napoleón la vió llegar con viva alegría. Los meses pasados lejos de ella habían convertido sus descos en

una pasión verdadera. La amaba, no ya solamente con la fuerza de su anhelo, sino con toda el alma, como hasta entonces no había amado a nadie todavía.

Sus sentimientos hacia Josefina habían sido violentos, pero nunca fueron correspondidos. Sólo le había aceptado por marido como un mal menor. Y luego le había engañado villanamente, se había reído de los sinceros transportes del "generalillo". Al ser elevado hasta las altas cimas del poder, Napoleón que, a pesar de todo, conservaba hacia ella un afecto profundo, la colmó de esplendor, de riquezas, de honores; pero entre ellos no volvió a haber más que una amable amistad en la que, muchas veces, es cierto, había destellos del pasado amor, pero cada vez más raros y más débiles.

Otras aventuras habían cruzado por el camino del Emperador, pero en ellas nunca puso su corazón. Sólo la joven polaca de ojos transparentes, la belleza de María, pero sobre todo su modestia, su desinterés, su honesta resistencia y el profundo amor que demostraba hacia su país y en el que Napoleón cifraba la virtud principal, habían conmovido todo cuanto de humano quedaba en él. Cuando estaba a su lado se despojaba de su poderío imperial. Solo quería ser para María un amigo, un

amante sencillo, dócil, ansioso de hacerla olvidar todo cuanto por él había abandonado y cuyo recuerdo en ciertos momentos oprimía de tristeza y de remordimientos su corazón...

Muchas horas felices pasaron para los enamorados en el castillo de Finckestein. María acompañaba constantemente al Emperador. Mientras él trabajaba, ella leía o bordaba, y de vez en cuando él apartaba el montón de papeles que le rodeaba para ir a sentarse a su lado unos felices momentos junto a la chimenea.

—Ya no volveré a desear nunca la llegada de la primavera—le decía María—. En primavera tendrás que partir a la guerra... Tu vida estará en peligro. Descaré siempre el invierno, en que estás en seguridad.

Se entretenían en cosas sencillas, y a Napoleón le divertían las salidas ingeniosas de su criado Constant, que les daba cuenta de todas las murmuraciones escuchadas en las cocinas del castillo.

—El pastelero de Vuestra Majestad—les decía el criado una mañana mientras afeitaba al Emperador—es un hombre de cuidado. No es prudente dejar solo con él a una mujer ni un minuto.

—¿Por qué? — preguntó Bonaparte.

—Porque un hombre como ése no reconoce freno, Majestad... No tiene miramientos para saltar.

—¿Para saltar?

—Ya sabe Vuestra Majestad que hablo en sentido figurado.

—¿Y qué dicen las mujeres de ese extraordinario pastelero?

—¡Oh, las mujeres!—suspiraba el criado con cómica seriedad—. La conciencia de las mujeres se valora en más de lo que vale..., con perdón de la señora condesa.

Napoleón y María no pudieron reprimir su risa.

—Bien, Constant, ya estoy bien aceitado... Puedes retirarte. Y di al pastelero que le ordeno que no se ocupe... más que de sus pasteles.

Cuando quedaron solos Napoleón dijo a María:

—No creas, estos chismes de cocina son frecuentemente muy útiles. He aprendido tanto de ellos como de las intrigas de la corte... La cocina es un mundo en miniatura.

—¿Qué cosa tan pequeña habéis hecho del mundo, sire! —bromeó María.

—Siempre lo encontré pequeño para ofrecértelo.

Al pasar al comedor Napoleón suspiró con delicia.

—¿Qué maravilla es estar a solas contigo!

—¿A solas?—replicó la condesa riendo, mientras señalaba la ventana abierta al pie de la que estaba formada la Guardia Imperial.

—María—afirmó el Emperador—, cuando estoy contigo, aunque haya cien mil personas a mi alrededor, sólo veo tu rostro divino..., únicamente oigo el sonido de tu voz.

—¿También oyes lo que digo?

—preguntó ella amorosamente.

—¿Por ejemplo?

—Te quiero.

—Lo oigo.

—¿Dejarás de quererme algún día?

—Ahora no oigo nada. Oye, ¿por qué no comes?

—Sí que como. Lo que pasa es que tú comes demasiado de prisa, sire.

—Eso me dice siempre mi madre —y después de reflexionar un momento, pidió—: Oye, María, ¿por qué no me llamas nunca por mi nombre?

—¡Oh! Sería como tomarme familiaridades con la historia... ¿Cómo te llamaba tu madre cuando te acariciaba?

—Napoleone.

—¡Napoleone! —repitió ella dulcemente—. Así te llamaré yo. Todo me parece un sueño... Crees que



—Perdonad, sire; mi esposa no está en su sano juicio.



—Y ¿qué dicen las mujeres de ese extraordinario pastelero?

estamos realmente sentados juntos en esta mesa, en esta habitación..., o tal vez sea verdad que yo he surgido de la nieve... y tú seguirás tu camino en la noche..., mientras yo me convierto en nada...

—No —protestó Napoleón—, tú no eres nieve, mi vida, y yo nunca me he sentido más real, porque estoy enamorado..., soy un hombre profundamente enamorado...

Y el Emperador se levantó de la mesa y estrechando a María por la cintura la hizo pasar a la habitación contigua, ordenando al viejo Esteban, el criado de los Walewski, que había seguido a su ama a Finckestein, que tocara una alegre danza para bailar juntos...

—¿Qué te parece, María?— preguntaba a su pareja—. Me han dicho que tengo un talento natural para el baile.

—Os han engañado, sir.

—¡Ah! ¿Con que sí? Muy bien, señora. Entonces os ordeno que me enseñéis.

Las alegres risas, la ternura, la ilusión, presidían de este modo las felices entrevistas de los enamorados durante aquellos días.

Y así transcurrieron insensiblemente dos meses, sólo interrumpidos por algunas ausencias del Emperador que se trasladaba a las avanzadas. Algunos combates vic-

toriosos le habían devuelto la confianza. Dantzig había capitulado ante Lefevre. La verdadera campaña iba a comenzar. El 6 de junio Napoleón partió para reunirse con su Ejército. Una vez más cayó con la violencia del rayo sobre el enemigo. El día 14, aniversario de la batalla de Marengo, aniquiló a los rusos en Friedland. Con su guardia deshecha, sin artillería, sin Ejército, el Zar Alejandro tuvo que refugiarse detrás del río Niemen.

La misma tarde de la batalla, Napoleón escribió a María este corto billete:

"Hemos derrotado al enemigo. La paz está cercana. Pienso en ti. Te amo.—N."

La paz era en efecto inminente. El zar Alejandro, deslumbrado por el genio guerrero de Napoleón, solicitó de él una entrevista en Tilsit... Sólo en el espacio de unos días se estableció el Tratado y se hizo el reparto de Europa. Alejandro reinaría desde el Báltico al archipiélago. Napoleón, a su vez, dominaría el Occidente... El rey de Sajonia se convertiría en gran duque de Varsovia.

Napoleón regresó a Finckestein para reunirse de nuevo con María, llamando allí a sus ministros y a los representantes de los Poderes ex-

tranjeros para puntualizar las condiciones del Tratado.

Uno de los primeros en llegar fué el duque de Talleyrand, ministro de Negocios Extranjeros, al que dió la bienvenida el gran mariscal Duroc. Talleyrand, con su sagacidad acostumbrada pretendió averiguar los motivos que había tenido Napoleón para elegir aquel apartado rincón del mundo para su Cuartel General.

—¡Finckestein, Finckestein!—decía a Duroc—. ¿Sabéis?, el mundo está alborotado por que el Emperador traslada la corte al último rincón del orbe... Pero vos y yo sabemos por que está aquí. ¿Eh, Duroc?

—Tal vez lo sepáis, príncipe—respondió Duroc con cachaza—, pero lo dudo mucho.

—¿Lo confesaréis si lo adivino?

—Mi querido Talleyrand, aunque intentéis sonsacarme no os diré ningún secreto. Soy soldado viejo para emboscadas.

—Bien—se resignó Talleyrand—. De todos modos valia la pena de intentarlo.

Y como en uno de sus paseos a través de las estancias del castillo el ministro se tropezase con el capitán D'Ornano, aprovechó la ocasión que se le presentaba para volver a la carga.

—¿Sabéis D'Ornano, que el emi-

sario austriaco ha tenido la impericia de querer sonsacarme el motivo por el cual el emperador se halla en Finckestein?

—¡Ah!, ¿de manera que lo sabéis?—repuso muy serio el capitán.

—Claro, amigo mío. Como diplomático es mi deber enterarme de todo... ¿Qué pensáis de ello, D'Ornano?—prosiguió, encantado, creyendo haberle hecho caer en la trampa.

—Nada; como soldado es mi obligación no enterarme de nada. Voy a avisar a su Majestad que estáis aquí, príncipe. Os esperaba.

Y sin añadir una palabra más, salió, dejando a Talleyrand totalmente chasqueado.

Napoleón recibió muy cordialmente a su ministro.

—¿Habéis hecho buen viaje, Talleyrand?

El hábil político se inclinó sonriendo, disimulando su decepción y el mal efecto que le causaba, sobre todo el haber tenido que hacer un largo y penoso viaje por caminos llenos de fango y de molestias hasta llegar a Finckestein. El príncipe no concebía la idea de alejarse de París, de sus salones y de sus sobrosas intrigas palaciegas. ¿Por qué había elegido el Emperador aquel retiro de Prusia para establecer su Cuartel General? Espoleado

su amor propio por la impenetrable reserva de Duroc y de D'Omano, estaba dispuesto a averiguarlo por el medio que fuera.

—Majestad, no he reparado más que en el placer de acudir a servirlos—aduló a Napoleón—. Es un rincón delicioso Finckestein...

—¿Lo creéis así?—preguntó el Emperador—. A mí no me gusta. Pero sigamos con nuestros asuntos—y volviéndose al intérprete le ordenó—: Traducid al enviado del Shah de Persia lo que sigue: "¿Venid a aceptar nuestras condiciones en nombre de vuestro Monarca?"

—Sí—repuso el intérprete, después de transmitir la pregunta.

Napoleón hizo un gesto y lanzó una exclamación de extrañeza:

—¡Hum!..., ¿qué?—dijo.

—Su excelencia responde que sí, sire—afirmó Talleyrand.

—¡Ah! ¿Con que su excelencia ha cambiado de opinión?

—Su excelencia está extremadamente dócil esta mañana.

—Vaya, vaya, eso es bueno—rió el Emperador—. Me pregunto si mi ministro de Negocios Extranjeros aprovechará tan excelente ejemplo.

—Creo, sire—repuso éste—, que los aires de Finckestein me ayudarán incluso a anticiparme a los deseos de Vuestra Majestad.

—¡Hum!..., no estoy muy seguro.

Bien, transmitid mis gracias y mi mensaje al Rey de Reyes.

En aquel momento un ayudante interrumpía la conferencia poniendo ante los ojos del Emperador un papel escrito. Era de María. Esta, en broma, había prometido al Emperador que si se prolongaba demasiado la conferencia no le dejaría vivir enviándole notas. Talleyrand ardía de curiosidad. ¿Cuánto no hubiera dado por conocer la procedencia y el contenido de aquel papel!

Apenas lo hubo leído y esbozando una sonrisa que disimulaba mal su satisfacción, Napoleón se levantó rápidamente, dando, sin más ceremonias, por terminada la conferencia.

—Un asunto de la mayor urgencia me obliga a abandonaros—dijo dirigiéndose a los dignatarios extranjeros—. Principe—añadió llamando a Talleyrand—, dedicando vuestra energía a los asuntos del exterior sois admirable... Ocupaos vos de ellos...

Cuando entró en las habitaciones de María, ésta se disponía a enviarle una segunda nota. Ambos rieron a carcajadas. Esteban, que había estado tocando su violín, lo cogió de nuevo y se reanudó la lección de baile.

—Salta, puntea; salta, puntea...;

salta, patea...—iba indicando María entre risas a su egregio discípulo...

Pero la contraofensiva diplomática no se hizo esperar. Alguien tocaba a la puerta momentos después, interrumpiendo el alegre idilio. Napoleón se volvió impaciente.

—¿Quién es, voto a...?

Constant, el criado del Emperador, apareció en el umbral.

Su excelencia el príncipe de Talleyrand ofrece sus humildes respetos a la condesa Walewski, y ruega el permiso de Vuestra Majestad para presentaros algunos documentos.

María y Napoleón se miraron con profunda sorpresa. Una vez más la habilidad de Talleyrand había triunfado de todas las precauciones y era preciso rendirse a su indiscreción. Napoleón se resignó con un movimiento de hombros.

—¡Que pase!

No tardó en aparecer, en efecto, el político, que de una rápida ojeada se hizo cargo de cuanto ocurría a su alrededor, y que dirigiendo al Emperador una mirada cargada de malicia no pudo por menos de felicitarse interiormente de su suspicacia. Era María Walewska el motivo por el que el Emperador había pasado tanto tiempo en Finckeslein...

Inclinándose entre ambos, ceremoniosamente, se apresuró a complimentar rendidamente a la condesa.

—¡Majestad! Madame..., es un gran placer para mí renovar una antigua amistad en este retiro... encantador.

—Ignoraba que teniais el honor de conocer a la señora—repuso con extrañeza Napoleón.

—Más que conocerla, Majestad... La ví en el baile del príncipe Poniatowsky, en Varsovia..., y desde entonces soy su cautivo.

—Sois muy galante, excelencia—sonrió María.

—Pues su inteligencia corre parejas con su belleza—terció Napoleón—. Hallo los consejos de la señora muy útiles..., así que tiene que disculpar que mis visitas tengan un fin egoísta... Bien; con el permiso de la señora, trataremos nuestros asuntos, Talleyrand. ¿Dónde están los documentos?

Talleyrand desplegó unos papeles a tiempo que dirigía una rápida mirada hacia María, que no pudo disimular una expresión de alegre sorpresa.

—He aquí el decreto que crea el Gran Ducado de Varsovia—dijo—. Es un gran placer para mí, señora, ser el primero en traer la noticia de la liberación de vuestra patria.

El Emperador frunció el ceño. Descaba ser él quien hubiera dado aquella noticia a María.

—No sois el primero, excelencia —repuso ella rápidamente—; sin embargo, os lo agradezco. Y me llena de satisfacción que mi retiro haya sido interrumpido por primera vez por alguien tan adicto al libertador de mi patria.

Napoleón le dirigió una honda mirada de gratitud.

—Bien, que aguarden los otros asuntos —indicó a su ministro—. Os veré después en el salón de recepciones.

En el corazón de Napoleón quedaba la sospecha de que todo aquello no había sido más que una argucia de su ministro para descubrir su secreto.

Cuando Talleyrand salió de la estancia, María echó los brazos al cuello del Emperador, llena de gratitud y de ternura.

—¿Por qué no me dijiste lo que estabas haciendo por Polonia?

—Estuve a punto de decírtelo muchas veces... Pero siempre terminaba diciendo: "Te quiero." Este villano de Talleyrand me ha estropeado una deliciosa sorpresa.

La voz de Esteban sonó cerca de ellos:

—¿Deseáis que siga tocando, condesa María?

—¡Oh, no, Esteban! —repuso ésta, que deseaba anegarse por entero en sus pensamientos de triunfo y de amor—. Basta por hoy..., has tocado muy bien.

—Gracias, condesa María; pero no lo creo así. Ocurría algo con las notas.

Y Esteban salió evitando que su mirada se cruzase con la del Emperador.

—Ahí va el único hombre de Europa que me ignora —exclamó Napoleón al verlo salir.

En efecto, Esteban no se había reconciliado con el que, según él, no representaba más que la causa de la tragedia familiar de su querida niña y del buen conde Anastasio.

—¿Qué te ha parecido Talleyrand? —preguntó el Emperador a María—. ¿Le encuentras simpático?

—Sí, bastante.

—Yo también... Es, sin duda, el más redomado granuja que existe en el mundo; pero no puedo pasar sin él.

—¿Por qué?

—Porque es el mejor ministro de Estado de Europa..., porque soy el único hombre a quien no puede engañar... y porque me encanta su conversación más que la de cualquier otra persona.

Napoleón se aproximó a la venta-

na abierta, por la que se divisaban los aleros de los tejados del castillo.

—Mira, María—dijo—, ¿ya vuelven las golondrinas! Se acerca la primavera... Ven, querida, y llena tus pulmones de este aire delicioso; es como vino en la sangre... Va a ser tiempo de ponerse en marcha.

María obedeció. Se había puesto súbitamente pálida.

—¡Me ha parecido tan corto el invierno!—murmuró tristemente.

—Será una primavera gloriosa, querida—respondió Napoleón—. En unas cuantas semanas aplastaré a Austria... Luego volveré a tu lado.

Fuera resonaban voces de mando. En la estancia en que se hallaban los enamorados entró el mariscal Duroc.

—Majestad, la octava brigada se encuentra dispuesta a partir para Heirischdorf y la división polaca del general Dumbroski, con doce batallas de Artillería, para Kreutzberg.

—Muy bien—asintió Napoleón—. Esperame, María; revistaré mis tropas en tu honor. Podrás verlo desde la ventana.

Cuando salió el Emperador, María preguntó a Duroc:

—¿Os vais de Finckenstein, mariscal?

—Dentro de diez días no quedará aquí ni rastro de nosotros, señora.

—¿Y el Emperador?

—Claro está que vendrá también...

María suspiró tristemente. Había llegado el momento, tan temido por ella, de separarse de Napoleón.

V

Paris. María Walewska había tenido que resignarse a seguir hasta allí a Napoleón, a pesar de su repugnancia por vivir cerca de la Emperatriz, porque su regio amante no podía prescindir de ella.

Se había elegido para su residencia un discreto hotel de la avenida de Houssaye, casi en las afueras de la capital, rodeado de parques y jardines. María vivía allí en completo retiro, sin disfrutar de más alegría que la que le proporcionaban las visitas del Emperador. Sin embargo, éstas no podían ser muy frecuentes, porque las guerras, la política, sus sueños inmensos de ambición, que ya nada podía detener, le retenían casi constantemente ausente de aquel nido de amor, donde, sin embargo, seguía encerrándose la única felicidad de su agitada vida.

Los cortesanos, los políticos, Talleyrand, Fouché, incluso las damas de la corte habían intentado acercarse a la favorita para envolverla

en su adulación, pero ella desdenaba el incienso. No quería mezclarse para nada en intrigas mundanas; seguía viviendo en el fondo de su conciencia el recuerdo y el torcedor de su culpa... se consideraba indigna... los remordimientos no la abandonaban un instante... Sin embargo, su amor era todavía más fuerte que todo, y le faltaba valor para alejarse del lado de Napoleón.

Un día se vió sorprendida por la visita de una dama que insistió en ser recibida por ella sin dar su nombre. María tuvo el presentimiento de quién pudiera ser aquella extraña visitante.

Al entrar la señora, María advirtió que, a pesar de su aspecto no muy distinguido y hasta un tanto extravagante, emanaba de su persona una especie de autoridad que se imponía desde el primer momento en cuantos la veían. Era la signora Leticia, la madre de Napoleón, que después de demostrar una entereza y un temple privilegiados en los momentos de peligros y de miserias, cuando la rivalidad entre Bonapartes y Paolís motivó cruentas guerras por la posesión de la isla de Córcega, ambicionada por ambas familias, no había cambiado de espíritu al convertirse en la madre de un Emperador.

—¿Sola María Walewska?—dijo

por todo saludo, cuando ambas se encontraron frente a frente.

—Sí, Alteza.

—¡Ah! ¿Sabéis quién soy?

—Sí..., su madre. ¿No os sentáis?

—He oído decir que vuestro esposo ha pedido a Roma la anulación de vuestro matrimonio.

—Así es, señora.

—¿A petición vuestra?

—No, señora.

—¿No? Supongo que sabéis también que mi hijo tiene intención de divorciarse de la Emperatriz Josefina.

—Todo el mundo ha oído esos rumores durante años.

—Pero ahora es un hecho... bien... Es una coincidencia muy extraña que el divorcio de mi hijo y la anulación de vuestro matrimonio ocurran a un tiempo.

—Es aún más extraña vuestra sugerencia—repuso dignamente María—de que yo pueda influir sobre Su Majestad en una decisión tan grave.

—Me han dicho que casi siempre estáis sola... que no salís apenas.

—siguió la señora Leticia, desear-do desviar el curso de la conversación.

—En efecto. Creo que, dada mi situación, no debo obrar de otro modo. Salgo, sin embargo, frecuentemente a caballo acompañada del

gran mariscal Duroc, que me honra con su amistad y por quien siento un sincero afecto. Aparte de él a nadie conozco en París ni nadie me conoce.

—Y mi hijo, ¿os visita con frecuencia?

—En tres años, dos largas guerras..., una en España y ahora en Austria. Ya podréis comprender que me sobran motivos para tener odio a la guerra...

La madre de Napoleón, que llevaba hasta allí también intenciones belicosas, cambió de actitud. El encanto, la sinceridad, la modestia de María, la habían conmovido.

—Me gustáis—murmuró.

—Gracias. Vos a mí también. Sois como él...

—Creo, hija mía, que vos y yo somos las dos únicas personas que no pedimos más que su felicidad.

—Y no podemos vanagloriarnos de desinterés—sonrió María—, ya que su felicidad es el origen de la nuestra.

—Pocas mujeres pensarían de ese modo en vuestro caso—afirmó Lécia.

—Porque pocas tienen la suerte de amar como nosotras amamos.

—Fui injusta con vos—se arrepiñó la anciana—. Las madres suelen serlo con las que quieren a nuestros hijos...

—Tal vez sea yo algún día tan injusta y por igual motivo.

—¿Vais a tener un hijo?

—Sí.

—¿Lo sabe él?

En aquel momento llamaron a la puerta de la habitación, y el criado Esteban anunció:

—El capitán D'Ornano.

—¿D'Ornano!—exclamó la signora, poniéndose en pie—. Eso es un mensaje del Emperador. No debe encontrarme aquí... ¿No tiene ninguna otra salida esta casa?

—Sí, por el jardín.

—Me voy; ya me daréis las noticias otro día... No, no, no me acompañéis, ya sabré encontrar el camino—y acercándose a María con repentino impulso le dio un beso en la frente—. Adiós, hija mía...—murmuró.

A los pocos instantes Esteban introducía al capitán D'Ornano.

—¿Capitán!—exclamó María alegremente—. Entrad, sentaos y contadme, contadme todo...

—He de escoltaros a Viena en seguida—dijo éste, besando la mano que le tendía la condesa.

—¿A Viena?

—Sí, en seguida.

—Pero, el equipaje...

—Tened la bondad de hacerlo a toda prisa.

—Sí, pero el Emperador, decidme, está...

—Está impaciente por veros, condesa.

—Pero estaréis cansado, ¿no queréis quedáros a comer?

—Imposible, señora; tenemos que salir inmediatamente. Volveré a buscaros dentro de una hora.

Y haciendo una pequeña reverencia, se retiró.

—¿Esteban! ¿Esteban! ¿Has oído? —exclamó María, transportada de alegría.

—Claro, condesa María...; apenas nos hemos acostumbrado a un sitio ya tenemos que marchar a otro...

—¿Oh, Esteban, no refunfuñes! ¿Si vieras qué feliz soy!

El leal-servidor la miró largo rato, y suspiró después tristemente:

—Claro, condesa María, claro...

* * *

El carruaje de la condesa Walewska entraba en la bella ciudad de Viena. ¡Al fin había llegado y no tardaría en encontrarse al lado de su amado después de tan larga ausencia! Sonrió dichosa preguntándose cómo le daría la feliz noticia. El idilio de Finckestein había creado entre ambos un lazo de amor, y acaso el hijo tan esperado sería el heredero de las glorias napoleónicas.

El carruaje llegó por fin a Schoenbrunn, el palacio de los Habsburgo, que ocupaba Napoleón. El gran mariscal Duroc fué el primero en dar la bienvenida a María con sincera alegría. Las virtudes de la bella polaca, su discreción, su amor sincero y desinteresado por Napoleón, que para Duroc lo era todo en el mundo, habían prendido en el ánimo del mariscal un profundo respeto y un sólido afecto hacia aquella mujer.

Momentos después apareció en la puerta la figura de un hombre que, por el contrario, habría de ser fatídico para la patria polaca.

—Príncipe Talleyrand —saludó María.

Este le hizo una cortés reverencia.

—El Emperador tendrá el mayor placer en veros..., precisamente en estos momentos le haréis olvidar el atentado que acaba de sufrir.

María palideció.

—¿Herido?

—No—repuso el ministro acompañando sus palabras de un elegante ademán—. Pero supongamos, ¡no lo permita el cielo!, supongamos que el criminal hubiera logrado su intento, ¿habría sido la ruina del Imperio! Porque el Imperio descansa sobre la vida de un solo hombre... Napoleón debe tener un heredero. ¿No estáis de acuerdo conmigo? Y espero que vuestra presencia en Vie-



—Princeps—añadió— dedicando vuestra energía a los asuntos del exterior sólo admirable... ocupaos de ellos.



Llegado a las más altas cimas de la gloria, Napoleón logró su anhelo supremo. Había conseguido escalar la cima del poder y sus ambiciones dinásticas se veían colmadas por su boda con la princesa María Luisa de Habsburgo.

na en el momento actual no constituya un obstáculo...

La entrada de Duroc interrumpió a Talleyrand. Maria, sorprendida, miraba al ministro. ¿Qué era lo que había querido decirle? Pero éste, sin decir una palabra más, le hizo una rápida reverencia y salió de la sala con Duroc. Napoleón les reclamaba en su consejo.

* * *

—Mis ministros creen que mi política conduce al desastre—estaba diciendo el Emperador cuando Talleyrand y Duroc entraron en la sala del Consejo—. Afortunadamente me rodean varios jóvenes cuya sangre no ha enfriado aún el éxito... ¡Ah, Duroc, llegáis a tiempo! Oid: estoy enojado por que Inglaterra interviene continuamente en la Península... y pienso bloquearla.

—A Rusia no le gustará eso, sire—objetó el mariscal.

—Sí, sí... eso se dice. Bien..., si a Rusia no le gusta le tendremos que declarar la guerra a Rusia... ¿Qué te parece Duroc?

—Sire, ha de ser todo, o nada—repuso éste—; con vos será todo.

—¿Lo veis, caballeros? Los jóvenes creen aún en mí.

—Yo no me opongo, Majestad—terció Talleyrand—. Al menos no

tendremos que perseguir ese sueño de una Europa unida...

—Desde ahora, Talleyrand—exclamó Napoleón—, yo soy Europa. Nada más, caballeros—añadió haciendo señas a sus consejeros para que se retirasen.

Con él quedaron solamente Duroc y Talleyrand.

—Sire, la señora ha llegado de París—anunció Duroc.

—¿De veras? ¿Por qué no se me ha dicho en seguida? ¡Traedla!... Por más que... no, iré yo a verla.

—Perdonad mi sombra oscura en este momento feliz—interrumpió Talleyrand—. Respecto a vuestro divorcio...

—¿Mi divorcio? Ya está decidido. Seguid ocupándoos de él.

—De acuerdo, sire; pero hablemos de lo que se debe hacer después.

—¡Oh, sí, sí, Duroc!—ordenó Napoleón—; presentad mis saludos a la condesa y decidle que la espero a cenar.

—Sí, Majestad.

—¡Ah!, y que esté su habitación llena de flores..., rosas rojas, Duroc, le encantan.

Duroc saludó y salió para cumplir lo ordenado.

—Y ahora démonos prisa, Talleyrand, despachemos de una vez—apremió el Emperador.

—Procuraré, Majestad. Convinisteis que sólo había dos familias reinantes, con un miembro de las cuales os convendría casaros. En mi opinión, una alianza con Rusia sería la mejor política...; pero una unión con una princesa de la rama de los Habsburgo resultaría más... prolífica.

—¿Eh?

—Aquí tenéis una Romanoff, Majestad, y ésta es una Habsburgo, la princesa María Luisa — explicó el ministro a tiempo que le mostraba unos retratos.

—Bien... vos conocéis mejor que yo todas las circunstancias de sus linajes... ¿cuál me daría una dinastía?

—Si buscáis vuestra sucesión, sire, sólo os diré que la abuela de la princesa María Luisa tuvo dieciséis hijos.

—¡Oh, dieciséis! — exclamó Napoleón atropado—. ¡Que Dios la bendiga! Ella decide este asunto... Me casaré con la princesa...; pero ¿por qué habrá de llamarse María Luisa? Me gustaría que no entrase en su nombre el de María.

—La parte más importante de su nombre es Habsburgo — dijo sonriendo el sagaz político.

* * *

De nuevo se encontraba María al lado del hombre a quien tan tiernamente amaba.

—¡Qué dicha tenerte otra vez junto a mí! — murmuraba éste besándola apasionadamente.

—¡No me abandones otra vez! — suplicaba ella devolviéndole sus besos.

—Pero has cambiado — añadió contemplándose—. Esta arruga que tienes en la frente me parece más profunda... Y estas canas, ¿por qué las tienes?

—Hoy cumplo cuarenta años, María... soy ya un viejo.

—Tú eres inmortal.

—¿Vamos a empezar ya a discutir? Ven—añadió tomándola de la mano—, te voy a enseñar la galería de retratos de los Habsburgo. Quiero que contemples su magnificencia.

Y colocando a la joven ante una fila de pinturas en que aparecía toda la dinastía de los Habsburgo, preguntó con interés:

—¿Qué te parecen?

—El Emperador José no parece muy feliz—comentó María.

—Es que en el trono no está la felicidad.

—¡Ah, pero tú eres otra cosa! Tu trono eres tú mismo..., el amor del pueblo francés te lo dió. ¿Eso no te hace feliz?

—Sí, soy feliz; ¿y tú?

—Yo, estando a tu lado, ya nunca más volveré a sufrir.

—Maria — dijo Napoleón gravemente acariciándole las mejillas—, tú me has dado un mundo de felicidad.

—Y aún te daré más, Napoleón —suspiró ella—; he sufrido un infierno de nostalgias por ti..., porque te quiero mucho.

—He ido a verte cuantas veces he podido—se disculpó el Emperador—. Quisiera haberlo hecho más a menudo...; pero yo no soy un ser vulgar..., mi vida no es igual que la de los demás...

—Lo sé, lo sé, pobrecito Napoleón. Yo...; pero ahora ya nunca volveré a estar sola..., ¿me comprendes?

Pero Napoleón no parecía escucharla, absorto en una idea.

—Ven aquí—dijo haciéndola sentar en un sillón—. Tengo algo que decirte. Necesito que me escuches con calma, que comprendas... Estoy seguro de que tu amor por mí te hará comprender... Mi divorcio de la Emperatriz Josefina es un hecho... Yo, yo... he decidido fundar una dinastía, tener sucesión...

Una llama de viva felicidad iluminó los ojos de Maria. Aquel era el momento soñado para revelarles el dulce secreto, para darle la no-

lizia de que en ella y en su amor se iba a realizar lo que ella tanto anhelaba...

—Maria—continuó Napoleón, sin mirarla—, he resuelto casarme con una princesa de una de las Casas reinantes de Europa. Quiero un aliado con quien poder contar..., derroté a mis enemigos para ver solamente cómo se alzan de nuevo contra mí. ¡Esto no puede durar! Puedo vencer sus Ejércitos...; pero no puedo vencer su odio con mis cañones.

Hizo una pausa, durante la cual recorrió con la mirada la galería de retratos.

—Hoy, en este castillo de los Habsburgo, he resuelto concederles una paz que más tarde no tenga que verme obligado a hacer respetar con las armas. Para ellos he sido siempre un aventurero y un advenedizo. Pues bien. Voy a mezclar mi sangre con la suya. ¿Te lo imaginas? Un hijo de Napoleón que lleve sangre de los Habsburgo... Va a ser un hecho, todo está arreglado. Como verás, es muy razonable.

Maria estaba livida, helada de estupor. Gruesas lágrimas empezaron a rodar silenciosamente por sus mejillas.

—¡Maria, por Dios! —suplicó el

Emperador al verla llorar—. ¿No me dices nada? ¿Qué opinas?

—Nada — pudo ella articular apenas.

—¿Nada?

—Si estuvieras en mi lugar, ¿qué dirías tú?

—María..., tienes que comprender... Esto no alterará nada entre nosotros... Te lo suplico, te lo imploro... Esto no es más que un asunto de Estado... No afecta para nada a mis sentimientos personales... Te quiero, quiero tenerte siempre a mi lado... Ni siquiera conozco a la princesa... La fusión con esa sangre caduca es una necesidad a la que me veo obligado.

—¡Sangre caduca! — gritó ella como un doloroso eco—. Esa dinastía es una tumba..., es una tumba... y tú vas a vivir en ella..., en una tumba. Con una esposa que te despreciará..., con una familia que te odia..., que te odiará más aún por habérselo obligado a aceptar mezclar su sangre con la tuya.

—¡María! — gimió él, dolorido.

—¿Qué es lo que te ha pasado? — prosiguió ella cogiéndole las manos—. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar? ¿Por qué me tratas así y te tratas a ti mismo? ¿A todos los que creíamos en ti? ¿Es que no serás nunca capaz de querer a otro

hijo... que no lleve esa sangre real que antes despreciabas?

—Si mi heredero ha de sentarse seguro en un trono—replicó Napoleón implacable—, ha de tener sangre real... Créeme; si las circunstancias no me obligaran... serías tú quien fuera mi Emperatriz..., porque a ti sola es a quien quiero...

—Si realmente me amaras no pensarías así. Y ese amor te salvaría del error que vas a cometer.

No puedo modificar mi política para complacer tus sentimientos — se impacientó Napoleón.

—¡El poder te ha vencido al fin! — exclamó María señalando los retratos de los Habsburgo—. Ahora perteneces a esa clase... ¡El libertador de Europa se ha convertido... en un yerno!

—¿Es absurdo esperar comprensión de una mujer! — gritó Napoleón furioso—. Rusia lo verá... Inglaterra lo verá... Todos verán si soy esclavo del poder..., o su dueño. ¿Por qué me miras tan fijamente?—añadió viendo que María no apartaba de él su mirada.

—Porque te veo en este instante por primera... y por última vez.

—María, esto es grotesco... Vuelve a tener juicio.

—Te has adentrado en regiones donde yo no puedo comprenderte... ni seguirte.

—¡María, por favor! — suplicó él, queriendo abrazarla.

—¡Ah, Napoleón! — suspiró la desdichada—. Tenía muchas cosas que decirte...; pero ya no puedo. Pero ¿qué estoy diciendo?, no eran más que unos planes para el invierno..., unos planes muy egoístas. Perdóname. Tengo que ir a descansar.

Y cubriéndose el rostro con las manos, salió apresuradamente de la estancia.

VI

Llegado a las más altas cimas de la gloria, Napoleón logró su anhelo supremo. Había conseguido escalar las más altas cimas del poder y de la gloria. Sus ambiciones dinásticas se habían visto colmadas por su boda con la princesa María Luisa de Habsburgo, y con el nacimiento de un hijo de ambos, al que se coronó desde la cuna como Rey de Roma y que llenó de orgullo el corazón de su ambicioso padre. En aquel breve recinto de concha, de oro, de sedas y de encajes, coronado por el águila del Imperio, que era la cuna del Rey de Roma, se condensaban y se resumían todas las esperanzas de la anhelada dinastía napoleónica.

Sin embargo, el corazón angustiado de María Walewska había visto más lejos. Como si en sus claros ojos estuviera escrito todo el porvenir de Napoleón, coincidió el apogeo de su gloria con el comienzo de su ocaso. Durante los tres años que siguieron al nacimiento del Rey de Roma empezó el Emperador a recibir los golpes de los primeros graves reveses.

La guerra contra Rusia, donde murió entre la nieve y los lobos lo más florido del Ejército francés, no fué sino el preludio del gran desastre. Vencido en Leipzig por las naciones coligadas cuyos Ejércitos llegaron hasta las puertas de París en 1814, Napoleón se vió obligado a abdicar en Fontainebleau y fué desterrado a la isla de Elba.

Durante ocho interminables meses sufrió allí las amarguras del destierro y del fracaso; pero en su corazón permanecía despierta la ambición y el ardiente deseo del desquite. En sus sienes febriles sólo latía una idea: ¡la fuga! ¡Francia creía en él y le esperaba! Una vez que lograra regresar a Francia, seguro del amor y de la lealtad del pueblo francés, reorganizaría sus Ejércitos para reconquistar una parte de su Imperio, y con aquella corona ceñir las sienes del heredero, del rubio y delicado Aguilucho, por



En efecto: en la proa venían sentados una mujer y un niño, cuyas facciones no podía distinguir el Emperador...



Napoleón sonrió satisfecho. La tertulia paternal comenzaba a ganar su oración.

quien había soñado la conquista de un mundo.

Pero iban transcurriendo los días, las semanas, los meses, con desesperante lentitud, en aquella isla, sin más horizontes ni más perspectivas que el mar, y en la que habitaba una casa miserable, sin más compañía que la de su madre, ni más soldados a sus órdenes que los de la escasa guarnición que se le había permitido guardar, y en la que se consumía de tedio y de ansiedad el genio militar más brillante de la Historia.

¡Si por lo menos pudiera ver a su hijo! La Emperatriz María Luisa le había prometido llevarlo a su lado; pero el tiempo pasaba y no llegaba una sola noticia hasta el atribulado corazón del padre.

Por fin, en la sábana inmensa del mar, siempre desierto, se dibujó la frágil silueta de un barquito que navegaba con dirección a la isla. Napoleón, sintiendo palpitir en él el ansia de tantos días, acudió para mirar con un potente anteojo hacia la nave que se aproximaba cada vez más. En efecto. En la proa venían sentados una mujer, un niño, cuyas facciones no podía distinguir el Emperador, pero en las que creyó adivinar inmediatamente las de los dos seres tan impacientemente esperados.

—¡Es mi hijo que viene a verme por mí!—exclamó radiante de gozo. Y haciendo rápidamente ensillar su caballo se dirigió al muelle a todo galope. Pero allí le esperaba una honda decepción. No eran los que venían María Luisa y el Rey de Roma, sino una madre y un hijo más oscuros, más olvidados. Eran María Walewska, fiel a su amor desgraciado, y un niño, a quien nunca había visto Napoleón.

Cuando hubieron desembarcado, María se dirigió tímidamente al antiguo señor del mundo.

—Ha sido una desilusión, sire—exclamó amargamente—. ¡No me esperaba!

—No, no, María—respondió Napoleón sin poder disimular su tristeza—; pero es que esperaba a mi hijo.

—He traído a vuestro hijo... a nuestro hijo...

Y empujó al pequeñuelo hacia Napoleón que, reponiéndose apenas de la emoción que le había producido aquella noticia inesperada, abrazó tiernamente al pequeño Alejandro.

Luego se dirigieron a La Ermita, el lugar misero donde habitaba el señor de cien ciudades. Napoleón demostraba su alegría por la llegada de María, con mil frases cariñosas, con mil atenciones amables; pero a los ojos de la mujer siempre

enamorada, no podía ocultarse que bajo el tono cordial y amistoso que empleaba su antiguo enamorado, no quedaba ya ni un solo vestigio de la antigua pasión.

Cuando Napoleón la hubo conducido a su residencia, se despidió de ella afectuosamente, instándola a que tomara algún descanso.

—Si me lo permitis—añadió con un tono cuya indiferencia helaba la sangre en las venas de María—, yo iré a cuidarme de mis moreras. Estamos haciendo maravillas con ellas. Ya he conseguido establecer un comercio muy floreciente con Nápoles. Me gustaria que las vierais.

—Tendria en ello un gran placer, sire—afirmó dulcemente María.

—Podemos producir aquí en gran escala; pronto crearé una industria que competirá con la de Inglaterra... Bien..., hasta la cena.

El viejo criado Esteban no había abandonado tampoco en aquel triste viaje a su señora. Encargado directamente del cuidado de Alejandro, ambos fueron llevados por una criada indígena de aspecto agreste hasta la habitación que les había sido destinada. Alejandro se sentía impresionado por la presencia de Napoleón, a quien no dejaba de seguir con la mirada.

—¿A dónde va ese hombre, Esteban?—preguntó a su criado, desde

la ventana donde se había asomado y por la cual divisaba una gran parte del jardín.

—En primer lugar, ¿qué hombre dices?—replicó el criado—. Y en segundo lugar, ¿cómo voy a saberlo yo?

—¿Sabes cuál digo?—insistió Alejandro—. El hombre del sombrero grande que hablaba con mamá por el camino.

María Walewska entraba en aquel momento en la habitación, interrumpiendo la conversación de su hijo.

—Ven a lavarte las manos, Alejandro—le dijo.

—Mamá, ¿vamos a vivir aquí?—siguió preguntando el niño.

María suspiró:

—No lo sé, hijo mío.

La signora Leticia acababa de enterarse de la llegada de María y su hijo, y venia a saludarles. Al ver al niño se dirigió a él con profunda emoción.

—Ven aquí, hijo mío—le dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Alejandro Florián José Walewski—respondió el niño acercándose a besar la mano que le tendía la anciana. Pero Leticia se inclinó sobre aquel rostro infantil en el que brillaba una delicada belleza, fiel reflejo de la de su madre, pero en la que rasgos indudables de energía inteli-

gente recordaban la paterna ascendencia.

—¿No quieres darme un beso, Alejandro?—le dijo.

—Sí, señora; con mucho gusto.

En aquel momento la criada llamaba a la puerta.

—Su Majestad saluda a la señora y pregunta si querrá enviarle al niño—dijo.

María accedió inmediatamente.

—Ve con Blanca, Alejandro—ordenó.

Cuando quedaron solas ambas mujeres, la signora Leticia preguntó a la recién llegada.

—¿Habéis traído noticias de... ella?

—Soy extraña al mundo en que se mueve Su Majestad—respondió María—. He vivido todos estos años retirada en el castillo de Walewice. Sólo al tener noticias del destierro del Emperador me decidí a abandonar mi retiro para intentar por todos los medios... reunirme con él.

—¡Qué buena sois, María!—exclamó la signora Leticia con efusión—. ¡Vos sí que le amáis! En cambio, ella sabéis que es una esposa infiel..., una mujer desleal..., que llega incluso a descuidar a su hijo... El mundo entero lo sabe...

—¿Y él también?—preguntó tristemente María.

—A veces tentada estoy de decirselo.

—¿Qué sacaríamos con herirle?

—Me alegra veros aquí, María; tal vez ahora con vos y el niño estará más animado.

—Yo también creí que nuestra llegada le animaría—confesó María—; pero creo que ha sufrido una desilusión.

Mientras las dos mujeres conversaban, Napoleón recibía los informes del oficial Lejeune sobre la suerte que había corrido uno de los mensajeros que el desterrado intentaba enviar constantemente a Francia.

—Gerard se suicidó para evitar su captura, sire—le decía Lejeune—. Destruyó el mensaje.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En Saint Tropez, Majestad.

—¡También el buen Gerard!—se lamentó el Emperador; pero rechazándose al punto, afirmó con energía: —¡No importa! ¡Reincidiremos!

—¡Los aliados vigilan todas las costas, sire!—advirtió el oficial—. Lo mismo la de Francia como la de Italia y la de Elba.

—No importa, se intentará de nuevo—insistió Bonaparte—. ¡Hay que volver a intentarlo!

Llegó la hora de la cena, frugal y sencilla, en que Napoleón, Leticia, María y el pequeño Alejandro, se



—Mamá, ¿vamos a vivir aquí?—siguió preguntando el niño.

Marta suspiró:

—No lo sé, hijo mío.

reunieron en el jardín, bajo los árboles.

—Mira a Alejandro—hizo observar la signora Leticia a su hijo—; se le salen los ojos de las órbitas de tanto mirarte.

Napoleón sonrió satisfecho. La ternura paternal comenzaba a ganar su corazón.

—¿Qué es lo que más te gusta, Alejandro?—preguntó al niño.

—Me gusta montar en mi caballo—repuso éste.

—Y ¿qué más?

—Me gusta que Esteban me cuente cuentos.

—¿Qué clase de cuentos?

—De soldados... y también de reyes.

—Me parece muy bien... A mí también me gustan los cuentos de soldados y de reyes.

—¿Sabes tú cuentos, señor, de soldados y de reyes?

—Sí.

—¿Y me contarás alguno?

—Sí, hijo mío—contestó Napoleón con los ojos brillantes—; algún día te contaré uno que no está terminado todavía.

—Alejandro ya empieza a tener sueño—interrumpió la signora Leticia—. Yo creo que ya hace rato que debía estar acostado.

Al oír estas palabras María se in-

corporó de su asiento y cogió al chiquillo de la mano.

—Da las buenas noches, hijo mío—dijo.

Obedeció el niño dócilmente y fué a besar la mano de la anciana, pero al acercarse a Napoleón para hacer lo propio, le dijo en voz baja:

—Y no te olvides del cuento, señor.

—No, hijo; no lo olvidaré... especialmente por ti—repuso éste—. Buenas noches.

Mientras su madre le desnudaba, el niño empezó a referir a su madre las impresiones de aquel día.

—¿Sabías, mamá, que los gusanos hacen seda? Pero se necesitan moreras para criarlos. Yo también quiero tener gusanos, mamá, y que me cuente cuentos el señor del sombrero grande.

La inocente conversación del chiquillo hizo sonreír a María Walewska, disipando un punto su aflicción por la desilusionante acogida que había merecido su fervorosa visita a Napoleón.

Todo eso es muy interesante—dijo—. Y ten por seguro que tendrás muchos gusanos. Pero ahora vamos a rezar.

—Padre nuestro que estás en los cielos—comenzó el niño, juntando sus manitas—, a cuya divina guarda entrego mi humilde corazón...

Bendice a mi madre y bendice a mi padre, a quien no he visto nunca... Ayúdale a ser bueno, apártale del mal y dale la paz... Mamá, ese señor me gusta—siguió el niño, interrumpiendo su rezo—, lleva un sombrero muy grande.

—Deja de decir tonterías, Alejandro, y termina de rezar.

—Haz que yo crezca digno de él... Y bendice a tío Pablo y también a Esteban... Amén. Mamá, ¿por qué lleva ese sombrero tan grande?—insistió Alejandro, que no podía olvidar la impresión que le había producido Napoleón.

—No sé, hijo mío...; pero ahora tienes que dormir.

—Buenas noches, mamá...

Desde la puerta, sin ser visto, Napoleón había escuchado el diálogo. Su corazón, endurecido por la desgracia, había latido dulcemente al oír la ingenua oración del niño. Conmovido, cogió a María de la mano y la condujo hasta su gabinete.

La señora Leticia se había retirado a descansar. Al verse de nuevo juntos, después de tantos años y de tantos acontecimientos que de tal modo habían influido en sus vidas, un renuevo de la antigua ternura surgió de sus corazones. Bonaparte estrechó cariñosamente entre sus brazos a aquella mujer que tanta

bondad y tanta abnegación le había demostrado siempre.

—María, ¡qué buena eras!—murmuró—. Venirme a buscar ahora... aquí...

—Pero si voy a ser felicísima a tu lado—protestó ella tiernamente—. Voy a adorar las tormentas de Elba, sus habitantes y sus canciones... y su mar, y este pueblecito encantador. El estar sola contigo, con tu madre y con Alejandro es lo mejor que puedo soñar... es el único mundo que deseo.

—Aquel mundo me envidiará, incluso éste—observó él con amargura.

—Aquel mundo no sabe que he venido... no lo sabe nadie.

—¿Nadie?—insistió Napoleón con súbito interés.

—Absolutamente nadie.

—¡María!—exclamó él, poniéndose en pie y presa de profunda excitación—. ¡Dios te ha enviado! Eres quien puede ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿Cómo?

—Necesito un mensajero... He de dar noticias al conde de Montholon... y no me puedo fiar de nadie. Me vigilan constantemente.

—Pero... ¿es que vas a volver?—balbució María.

—Sí—exclamó él, aproximándose febrilmente a su escritorio, en el

que estaba extendido un gran mapa de Europa.

—¿Y eso, qué quiere decir? —preguntó trémula María.

—Que debes regresar.

Nada podía haber causado en la joven una herida más honda. A través de aquellas palabras adivinaba los planes de Napoleón. Ella, que no había vacilado en correr todos los peligros que lleva consigo una travesía, oculta en un mal barco inseguro, para llevar al desterrado el consuelo de su amor y la alegría de la presencia de su hijo, no tenía ya para él más valor que el de prestarle una ayuda en sus descabellados planes de evasión. María Walewska, la mujer antes tan amada, no representaba para Napoleón más que un medio... ¿Es que tendría que apurar su cáliz hasta la última gota?

Napoleón se paseaba nerviosamente por la estancia hablando entre dientes.

—Se creen que me voy a quedar aquí... enterrado en esta isla... Creen esos caballeros de Viena que van a tenerme encerrado para siempre... ¡Se equivocan! ¡He de regresar a Francia!

—El mundo te dejará en paz aquí, Napoleón—repuso María con su voz dulce—, si tú le dejas en paz a él. ¿Qué más puedes hacer?

—Corregir todo el mal que he hecho... He abandonado mis ideas, las recuperaré... Tú las recuerdas seguramente, María; haré que sean una realidad... Si me quieres, me ayudarás.

—Precisamente porque te quiero es por lo que te ruego que no te hundas a ti mismo... Escúchame por Dios, Napoleón; has hecho demasiadas guerras. Han muerto demasiados hombres... Francia está exhausta... déjala en paz; tú quieres a tu patria...

—¿Qué es lo que quieres que haga!—exclamó colérico el guerrero—. ¿Humillar la cabeza y dejar que me aniquilen para siempre?

—Aquí tienes la paz, ¡y podías tener tanta felicidad! ¡Tú siempre has creído en tu estrella, ella te ha traído aquí; cónfómate! Te dió la paz...

—La paz llega demasiado pronto... con la muerte.

—Piensa eso antes de que ningún hombre más muera por ti.

—La muerte es despreciable... me he encarado con ella mil veces...; es la vida la que hay que afrontar. Créeme, María, he de regresar... Esta vez no fallaré... Tienes que llevarme ese mensaje.

—Ya es tarde, Napoleón. Toda Europa ha tenido tiempo de armarse contra ti.

—No, no; aun no es tarde. Hay todavía mil indicios de que el Ejército sigue siendo adicto a mí, a su Emperador. Volveré a París..., he de ser fiel a mis muertos... Marcharán hacia la libertad... La antorcha no se ha apagado aún... Volveré a iluminar el mundo... Austria... Rusia... Hasta Inglaterra... Tú tienes que ayudarme, María. Has de hacerlo.

—Napoleón — cedió ésta suspirando —, no puedo discutir contigo, tu inteligencia es inmensa... Sólo puedo intentar protegerte con mi amor... y me rechazas... Dame el mensaje.

* * *

El nuevo reinado de Napoleón sobre el rescatado suelo de Francia duró cien días. Después sobrevino el desastre de Waterloo y en los cielos del triunfo se apagó para siempre la estrella del héroe, ante el que había temblado el mundo. Prisionero otra vez de los aliados, vencido, destrozada su moral, se disponía a embarcar sin resistencia para la isla de Santa Elena, que por su situación geográfica se había considerado menos peligrosa para cualquier intento de fuga del incansable guerrero.

En aquella hora de desgracia, la fidelidad de María Walewska supo

encontrar de nuevo el camino que pudiera acercarla al corazón del hombre tan amado.

—María — dijo el héroe tristemente, al verla —, quisiera haberte ahorrado este instante.

—Entonces es que todavía no me conoces, Napoleón... He venido a ayudarte a escapar.

—¿A escapar?, y ¿dónde, si incluso Francia me niega?...

—Hay un barco preparado en Burdeos..., sale para América...

—¿Y yo he de huir? ¡Jamás he hecho tal cosa! — y reparando en un envoltorio que María llevaba en sus brazos, preguntó —: ¿Qué es lo que llevas allí?

—Ropas... para disfrazarte.

—¿Ropas de mujer? — exclamó amargamente Napoleón —. María, la tragedia más grande puede convertirse en comedia... Supongamos que me ponga esas prendas ridículas sobre mis botas de soldado... Supongamos que llego a ese navío, e incluso a América... ¿y luego, qué?

—Que estarás todavía vivo..., que estarás a salvo.

—No, querida; todavía tengo que seguir a mi estrella.

—Pero ¿por qué quieres entregarte a los ingleses? Tú sabes cuánto te odian... te matarán...

—¿Para convertirme en mártir?

¡Oh, no! Ya se preocuparán de que continúe viviendo. Tienen que arrancarme hasta el último jirón de grandeza antes de dejarme morir. La juventud de Europa no debe te-

—¡Ah, María, este amor tuyo! ¿Por qué no me ha tocado al corazón hasta ahora? El acero no hubiera podido resistir a tu amor...; pero yo sí. Y ahora que todo lo de-



Napoleón salió de la casa. Rodeado de sus guardias se dirigió al buque que le esperaba para conducirlo a Santa Elena.

ner ningún héroe a quien admirar; así lo quieren ellos. María, he de irme.

—Llévanos contigo, Napoleón.

—La muerte y el éxito se han de afrontar a solas... El lugar donde voy sería tu muerte también.

—Pero moriría contenta si estaba a tu lado.

más ha desaparecido, siento cómo me invade...

—Ya nunca me separaré de tí.

—No, María... No te llevaré conmigo...; sería una locura... Eres demasiado buena... Algún día me mirarían con lástima esos ojos y entonces, ¿qué sería de mí? Lo que ahora siento iluminará toda mi vi-

da. Solo tu mirada bastará para disipar las tinieblas que me rodean... ¡Adiós, María, has dado tanto por tan poco!...

—Tú me has dado todo lo que ha habido en mi vida, Napoleón Bonaparte... Antes de encontrarte a ti, yo no existía, tú me diste vida con tu amor... Tú me has elevado... El mundo entero se apartó de mí y no le eché de menos ni un solo instante...; tú lo eras todo para mí...

—María..., ahora quisiera decirle adiós a mi hijo.

—Será como tú lo desees...; pero recuerda que él te conoce sólo como a su Emperador.

Mandado llamar por su madre, Alejandro apareció en la estancia.

—Venid aquí, joven—ordenó Napoleón—. Yo tengo que partir y quiero daros algunas órdenes.

—Sí, Majestad — asintió el muchacho.

—Dejo a la condesa Walewska bajo tu custodia... Has de protegerla toda la vida, ¿tienes espada?

—No tengo, Majestad.

Napoleón le tendió su espada.

—He aquí una—le dijo—que lle-

vé cuando conquisté Italia..., cuando tenía sólo veinte años más de los que tú tienes.

—¡Por favor!—suplicó María.

Napoleón se volvió sonriendo hacia ella.

—Tienes razón — asintió—. Tal vez él vivirá en un mundo mejor... En lugar de la espada le daré un beso...

* * *

Napoleón salió de la casa. Rodeado de sus guardianes se dirigió al buque que le esperaba para conducirlo a Santa Elena, a su último destierro.

María Walewska, abrazada a su hijo, le veía marchar desde la ventana.

—¿A dónde va, mamá? — preguntó el niño.

—A aquel buque.

—Y luego, ¿a dónde?—insistió el chiquillo.

—No hables a hora, Alejandro —suplicó la desdichada—. Tiene su estrella y debe seguirla... Roguemos a Dios para que le conceda la paz...

F I N

RONALD COLMAN

Ronald Colman nació en Surrey (Inglaterra) el día 9 de febrero de 1891; cuenta, pues, el inolvidable creador de "Bajo dos banderas" cin-



cuenta y tres años en la actualidad. Estudió el Littchampton en el colegio de Haldy, y apenas cumplidos los dieciséis años entró a prestar sus servicios como meritorio en las oficinas de una Compañía de barcos con el fabuloso salario de dos libras esterlinas cada mes.

Cuando Inglaterra intervino en la contienda europea del año 14, Ronald Colman se alistó en el Regi-

miento escocés, y bajo esa bandera intervino, con buena suerte por cierto, en las batallas de Yprés y Mesina. Algún tiempo después, y con motivo de otra acción de guerra, cayó en el embudo producido por un obús al estallar, y con tan mala fortuna cayó que se fracturó una pierna, quedando, a partir de entonces, inútil para el servicio militar activo.

Poco tiempo después, firmado el armisticio en 1918, debutó como actor en un teatro londinense, y ello le valió el trabajar en una película que, por cierto, no llegó a estrenarse.

Firmemente decidido a conquistar una gloria que en su país se le mostraba esquiva, embarcó en 1920 rumbo a Estados Unidos de América del Norte, llegando a Nueva York con treinta y cinco dólares por toda fortuna, y tres cuellos limpios por todo equipaje. Como además llevaba dos cartas de recomendación, su optimismo le hizo ver sembrado de rosas un camino que después trocóse en interminable calvario.

Muchas penalidades tuvo que soportar el genial intérprete de "El prisionero de Zenda" hasta conseguir que le prestaran atención, y más de una vez estuvo a punto de desfallecer en aquella lucha titánica

por abrirse camino en la Meca del celuloide; pero su indomable tesón y una le ciega en sí mismo le sostuvieron hasta que logró un papelito junto a George Aliss en la película "The Green Goddess".

Provisionalmente, y mientras el cine le brindaba nuevas y más eficaces oportunidades, aceptó el trabajar en el teatro, y al efecto, junto a Fay Bainter, logró halagüeños éxitos en Broadway.

Su primer trabajo serio en la pantalla fué como galán de Lillian Gish en una película muda titulada "La hermana blanca", película que se rodó completamente en Italia. El triunfo de este "film" en todo el mundo le consagró como figura de la pantalla.

La carrera ascensional del creador de "Horizontes perdidos" vióse un tanto interrumpida al advenimiento del cine hablado. Dos años transcurrieron entonces sin que a Ronald Colman le dieran nuevas oportunidades de revalidar sus éxitos del cine mudo. Cuando ya estaba a punto de sumirse su nombre en el olvido, reapareció, y esta nueva salida a la pantalla fué definitiva para él.

El día 18 de septiembre de 1920 contrajo matrimonio en Londres con la actriz Thelma Raye, de la que se divorció cuatro años después, y el

día 3 de noviembre de 1938 casóse nuevamente con la también actriz Benita Hume.

A lo largo de su carrera, pródiga en triunfos, ha sido dirigido por muchos directores. Con Henry King hizo "La hermana blanca", "Rómula", "La hija del desierto" e "¡Y supo ser madre!", todas ellas mudas. Con Ernest Lubitsch rodó "El abanico de lady Windermore", también muda. "El ángel de las tinieblas", "Un ladrón en el paraíso" y "¡Que pague el diablo!", con George Fitzmaurice.

Con Herbert Brenon hizo el "Beau Geste", versión muda, cuyo éxito vive aún en el recuerdo de los buenos aficionados al séptimo arte.

Bajo la experta dirección de Frank Lloyd realizó "Bajo dos banderas", para la casa Fox, y "Si yo fuera rey", para la Paramount.

"Raffles", con William Cameron. "Condenado", con Wesley Ruggles. "Doctor Arrowsmith", con John Ford. "Su único pecado", con King Vidor. "Clive de la India", con Richard Boleslavsky. "Historia de dos ciudades", para la Metro, con Jack Conway. "Horizontes perdidos", con Frank Capra. "El prisionero de Zenda", con John Cromwell, y últimamente "En tinieblas" y "El asunto del día", que son las dos películas que como más recientes conocemos de Ronald Colman.

BUZON DE CONSULTAS

Abelardo Luján. Madrid.—Cifesa es anagrama de Compañía Industrial del Film Español, Sociedad Anónima.

Edelmiro Borrastre. Zaragoza.—Tyrone Power nació en Cincinnati (Estado de Ohio) el año 1914. Maruchi Fresno ha interpretado últimamente "Altar mayor"; actualmente se encuentra en la Argentina.

Lope Beltrán. Madrid.—Manuel Lana nació en Sevilla el día 27 de abril de 1898. Está casado con la actriz Cándida Meana. En cuanto a su domicilio, preferible es que se dirija usted al departamento de publicidad de Cifesa, Avenida de José Antonio, 41, Madrid, y de allí le mandarán cuantos datos de tan gran actor necesite.

"Un loco cinematográfico". Sevilla.—Carmen de Lucio está actualmente alejada del cine. Intervino en "Nobleza baturra" y "La hija del penal", entre otras. La última película en que trabajó fué el "El genio alegre", después de haber hecho la protagonista de "Las tres gracias", con Alfredo Mayo. Hoy vive consagrada al teatro, donde ha conquistado categoría de primera actriz con compañía propia, y quizá sea esto lo que la impide volver sus ojos al cine.

"Una curiosa". La Coruña.—En los estudios cinematográficos madrileños se ruedan actualmente las siguientes películas: "Lola Montes", "Tamara" y "Eugenia de Montijo", en Estudios C. E. A., de la Ciudad Lineal, "El clavo" (últimas escenas), en los de Sevilla Films. "La dama de las cibelinas", en los de Chamartín, S. A. "Yo no me casé" (últimos planos), en los de Roptence, S. A., y "Camino de Babel", en los de Ballesteros. En los Estudios Cinearte y de Aranjuez no se hace actualmente ninguna película.

Timoteo Jurado Torres. Villaviciosa de Córdoba.—Alfredo Mayo rueda en la actualidad el protagonista de "Camino de Babel" en los Estudios Ballesteros, de Madrid, bajo la dirección de Jerónimo Mihura, siendo su "partenaire" femenina Guillermina Grin.

"Gretita Garbo". Madrid.—Diana Durbin se casó con Vaughn Paul en 1941, pero ahora nos llega la noticia de su divorcio.

C U P O N
PARA EL
BUZON DE CONSULTAS



LAS 15
Más Grandes Maravillas
DE LA TEMPORADA 1943-44



MARIA WALEWSKA

GRETA GARBO - CHARLES BOYER

FRUTO DORADO

CLARK GABLE - SPENCER TRACY
CLAUDETTE COLBERT - HEDY LAMARR

EL JOVEN EDISON

MICKY ROONEY - VIRGINIA WEIDLER

ESTA MUJER ES MIA

SPENCER TRACY - HEDY LAMARR

CIUDAD DEL ORO

JEANETTE McDONALD - NELSON EDDY

MI MARIDO ESTA LOCO

WILLIAM POWELL - MYRNA LOY

ANDRES HARVEY TENORIO

MICKY ROONEY - JUDY GARLAND

TARZAN Y SU HIJO

JOHNNY WEISSMULLER - MAUREEN O'SULLIVAN

LA NUEVA MELODIA DE BROADWAY

FRED ASTAIRE - ELEANOR POWELL

EL PUENTE DE WATERLOO

ROBERT TAYLOR - VIVIEN LEIGH

HIJOS DE LA FARANDULA

MICKY ROONEY - JUDY GARLAND

OTRA REUNION DE ACUSADOS

WILLIAM POWELL - MYRNA LOY

ANDRES HARVEY MILLONARIO

MICKY ROONEY - LEWIS STONE

UN ROSTRO DE MUJER

JOAN CRAWFORD - MELVYN DOUGLAS



CLAUDETTE COLBERT - JAMES STEWART